

# DESENGAÑO

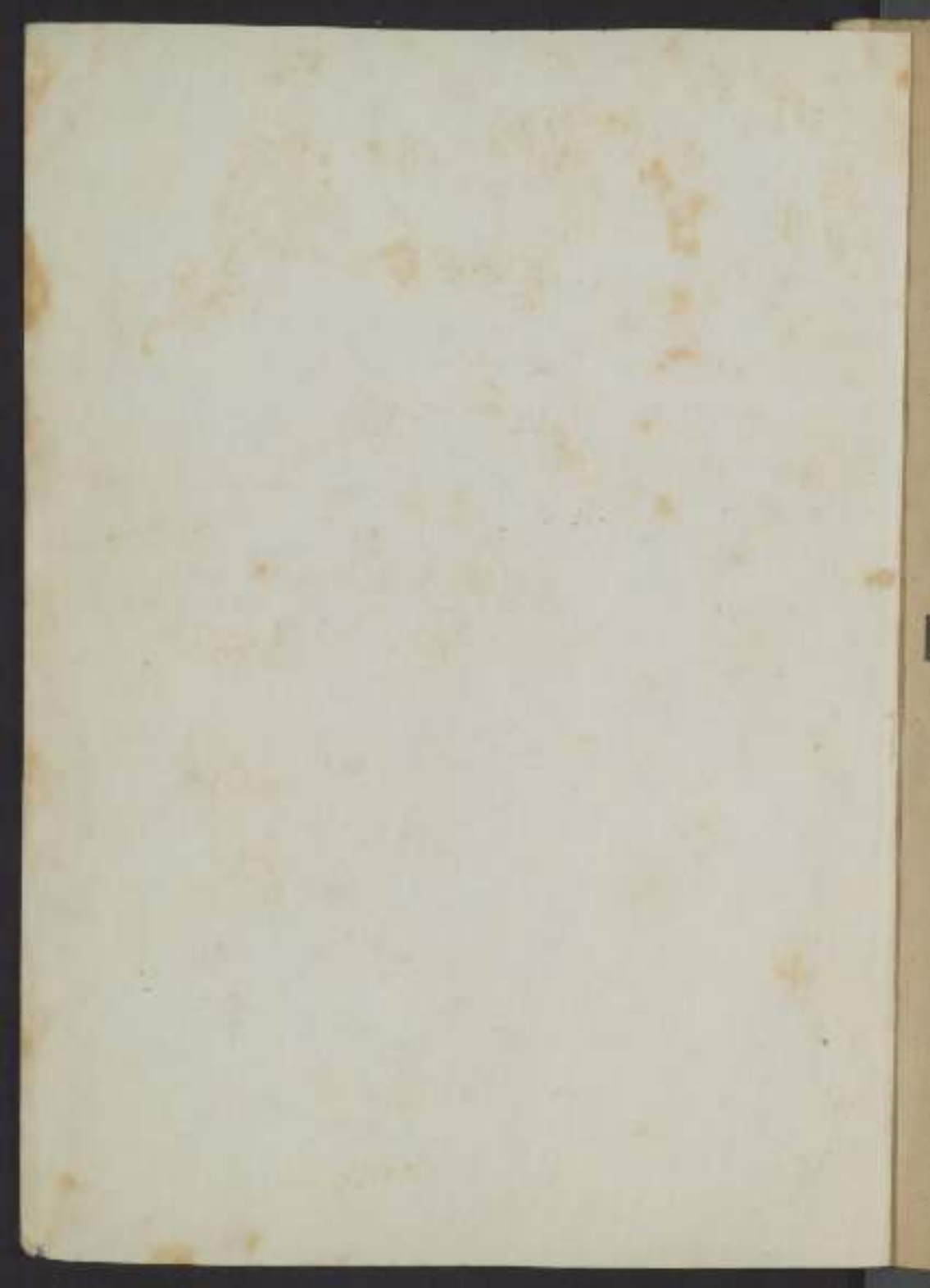
WALTER HUSTON  
MARY ASTOR

RUTH CHATTERTON  
PAUL LUKAS



250

BIBLIOTECA CINE RIALTO





# DESENGAÑO

Luisa Galera

DESIGNAÑO

1874

7

BIBLIOTECA - CINE RIALTO

NOVELA CINEMATOGRAFICA



PRESENTA A

Ruth Chatterton y Walter Huston

EN

# DESENGAÑO

CON

Mary Astor y Paul Lukas



ES UNA PUBLICACION

Av. JOSE ANTONIO, 54



TELEF. 23554 - MADRID

AÑO III 1944 NUMERO 63

INDUSTRIAS GRÁFICAS "MIL"

SEDE SOCIAL: MADRID, CALLE DE ALFARO, 104



JOSE CHANTON Y WALTER HARTON

DESIGNAÑO

MARY JAMES Y PAUL JAMES





## PROLOGO

El claxon del dictáfono carraspeó resonando en el silencio del despacho. Sammy Dodsworth, sin abandonar su pensativa actitud, alargó maquinalmente el brazo derecho y conmutó el aparato, por cuyo altavoz se escapaba gorgosa la voz del secretario:

—¿Señor Dodsworth?

—Sí.

—Los obreros le esperan.

Sammy repitió el ademán de antes y desconectó la comunicación, volviendo a sumirse en aquel mar de cavilaciones que le abstraían desde que adoptó la firme resolución de abandonar los negocios.

Acodado en la mesa de trabajo de aquel despacho suntuoso tan inundado de luz, prosiguió meditando. Su mirada, como perdida, clavábase en aquel amplio ventanal a través de cuya cristalería se divisaban todas las naves gigantescas de la "Dodsworth Motor", la mundialmente famosa fábrica de automóviles que desde hacía horas solamente había dejado de pertenecerle. Sammy Dodsworth, que de la nada, y con sólo su

esfuerzo había escalado la cima, simbolizada en aquella formidable manufactura, se retiraba del mundo de los negocios, a disfrutar en paz la envidiable posición que le garantizaban sus millones. Sammy Dodsworth había vendido en muy ventajosas condiciones aquel negocio que a fuerza de tesón y trabajo acaparó todos los mercados industriales del mundo.

Todo había terminado para él con la rubrica de la escritura de venta que ante el notario garabateara unas horas antes; fué resolución propia y voluntaria el separarse de aquel formidable emporio en el momento que la marca "Dodsworth" se había impuesto en absoluto; fué ventajísima la venta del negocio, tasado en bastantes millones; él, recordándose agotado, y, por tanto, en la plenitud de un derecho a descansar... Su misión habíase cumplido con creces, y ningún remordimiento podía lógicamente asaltarle al desertar en la lucha. Sus obreros, los que le ayudaron en la conquista de la riqueza y el prestigio, tenían garanti-

vida —que de ello cuidóse bien al traspasar el negocio— la continuidad en los servicios...

Y, sin embargo...

Sammy, profundamente afectado, se despedía con pena y en silencio de aquellos pabellones, que fueron agrandándose a medida que su entusiasmo de luchador fué extendiendo, ambicioso, el ámbito de sus conquistas. Lo que empezó en harracón de madera, donde a duras penas se desenvolvieron, el propio Dodsworth y ocho o diez leales colaboradores habíase convertido, en veintitrés años de transformación ventajosa, en la más formidable fábrica de automóviles.

Por eso allí, en la soledad de aquel despacho donde Sammy se vió encadenar en angustiosas e interminables vigillas —que en la conquista no todo fué fácil—, y dominando desde la atalaya de aquel magno ventanal su obra de años, se estaba llevando a cabo sin palabras, una despedida sentimental, donde el corazón de aquel hombre, varias veces millonario, parecía entenderse a las mil maravillas con la sobriedad de aquellos muros que a su vista se ofrecían. ¿Sería esa la causa que tanto pesaba en el ánimo de Dodsworth?

Pero no. El avisado temperamento de aquel coloso de los negocios no fué nunca propicio a sentimentalismos, y no podía, por ello, ser dicha circunstancia la que contrabata su espíritu en momentos tales. No; no era eso. Lo que en Sammy

pesaba era la consideración de si había sido para bien o mal el apartarse para siempre de una lucha que para él había sido vida. ¿Acertaría a centrarse en la holganza que amablemente le brindaban sus millones? ¿Podía considerarse firmemente seguro en su nuevo puerto, e inmunizada contra el hastío de la inactividad? Aunque no se advirtiese viejo, pasaba la cincuentena, y no había, pues, que contar con ese reflejo de juventud que a otros viejos acomete. De su larga vida, tantas veces demostrado en múltiples operaciones, había que esperar lo.

Al llegar a este punto, el recuerdo de María, la esposa que junto a él había compartido los azares de la lucha, adueñó de su imaginación. Y al mirar nuevamente a través de los cristales y aborrecer en un último golpe de vista los vastos dominios de la "Dodsworth Motor Company", asció impensadamente a ellos: el recuerdo de la mujer, y una sonrisa imperceptible dibujóse en la comisura de sus labios, al tiempo que, rápida, abandonaba el sillón y el despacho, por acordarse súbitamente de que sus cuatro mil obreros le aguardaban para despedirlo.

Y sin abandonar la sonrisa que la evocación de María, su esposa, acababa de provocar, abandonó el despacho.

¿No sería ella, principal causante del cambio de propiedad en la "Dodsworth Motor Company"?

Sammy Dodsworth se había esta-



blecido allí en la ciudad industrial de Zenith, muchos años antes, cuando sólo con su juventud, y a lomos del más ambicioso de los entusiasmos, dormíase noche tras noche con el pensamiento colocado en un punt

en unas chapitas que, algún día, miles y miles de automóviles pasarían por el mundo. Otro, con menos fantasía, al observarse las manos impregnadas en la grasa de los motores, se hubiera asustado del abismo



*Todo había terminado para él con la rubrica de la escritura de venta que ante el notario garabateara unas horas antes.*

to: la conquista, por el trabajo, de ese prestigio y fama que comercialmente se denominaba una buena firma, y que para la desbocada fantasía de un cerebro de diez y seis años aparece rebrillante por el oro de sus trazos. Él sería rico y tan popular, que su nombre se extendería por los cinco continentes, inmortalizado

insondable que le separaba de aquel sueño. Todo un insignificante obrero de aquella fábrica donde Sammi practicó sus principios como montador, permitiéndose el lujo de pensar en ser, algún día, dueño de todo aquel marcenium de máquinas donde sus manipuladoras parecían tener como ellas el horizonte senta-

do. Decididamente, Sammy era un soñador.

Y Dodsworth llegó. Con mil trabajos primeros, intentó emanciparse de la tiranía de la nómina y el marcador de entrada y salida. Alesteó por su cuenta y riesgo, y cual pájaro que por vez primera abandona el nido, remontóse al espacio, aunque sin perder de vista la tierra.

El éxito fué con él, y transcurridos los primeros tiempos de angustias y privaciones, pudo ver cómo a su pequeña fábrica se le reconocía junto a las demás poderosas; y los magnates de la industria, que contaban millones, concedieron, al fin, beligrancia a aquel mozalbete, cuyo vulgar trajeillo de confección resultaba el contrapunto admirable de tan encopetadas personajas.

Y avanzando lento, pero seguro, en la consecución del más firme de los propósitos, Sammy encontróse en el camino con un inesperado personaje: el amor. En vez de detenerse, llevóse consigo, a fin de no renunciar a él sin abandonar su destino, y un buen día sorprendió a sus amigos con la noticia de su boda con María, una muchacha modesta y bonita, cuyas envidiables cualidades le ayudarían a perfección en el logro de su empresa.

Y tuvieron una hija, cuyo crecimiento fué parejo al de aquella fábrica que les estaba haciendo ricos. Sin más norte que su ambición y otro horizonte que el trabajo, Sam-

my y su esposa sacrificaron sus vidas en la empresa, sin advertir que la juventud era el tributo que aquella ilusión les exigía.

Cuando volvieron la vista atrás, ya era tarde.

Emilia, la hija querida, se casaba. Esta circunstancia fué el aldabonazo que sucedió el estancamiento de aquellas vidas, que, al considerarse solas, experimentaron el terror de la soledad con dinero, que es la más espantosa de las soledades. Y María, como mujer, más avisada, se sintió acometida de un irrefrenable ansia por reintegrarse a la vida, para recuperar lo perdido. No colegía la infeliz que el tiempo, que no admite tales desquites, suele ventarse con su arma más ofensiva, el ridículo.

Y Emilia casóse con McKee, un joven de la mejor sociedad, que aportaba al matrimonio el envidiable pollizo de tres millones de dólares. Por cómica coincidencia, el mismo día en que se celebraba el enlace, firmóse el compromiso de venta de la "Dodsworth Motor Company", con lo que, en una misma jornada, y casi casi con la misma firma, Sammy se desposaba de dos de sus más estimables aprecios: su hija y aquella fábrica, entre cuyos muros se encerraban veintitrés años de trabajo, de los que daban fe aquellas muchas canas que poblaban su cabeza.

# DESENGAÑO

## I

En la lujosa mansión de los Dods-worth habíase violentado un tanto la tranquilidad habitual. También la existencia gris y monótona de sus propietarios pasaba por una alteración desusada. Al enlace de Emilia, que desde hacía sólo unas horas navegaba junto a su reciente esposo, en pos de la más dichosa y feliz luna de miel, sucedía otro viaje largo: el de los progenitores de la novia de ayer.

Maria, rebelde ante el acatamiento de la acción del tiempo, fué quien presionó tenazmente en el ánimo de Sammy para el trasaso de la fábrica primeramente; y después, para el largo viaje proyectado. Conocerían París, Londres, Berlín y un puñado más de capitales de Europa.

Todo el entusiasmo con que Maria se aprestó a los preparativos del crucero, fué coincidiendo en auténtico contraste con la indiferencia de su

marido, quien más avisado quizá, no es que previera ciertamente las desastrosas consecuencias de aquella impropiedad, pero sí, al menos, puntualizaba, con certera sensatez, al calificar de descabellado un viaje, que, a ciertas edades, más tiene de suplicio que de recreo; sobre que disfrutar del descanso, sumiéndose en el fatigoso ajeteo de barcos, hoteles, trenes, etc., no era ni lógico, ni mucho menos práctico.

Pero el viaje se llevaba a efecto. El eterno femenino hizo hincapié, una vez más, en un capricho, y como son éstos donde las mujeres suelen poner todo el amor propio, con tesón digno de mejores causas, el viaje, contra viento y marea, y no obstante la frialdad con que Sammy acogió la idea, se llevaba a cabo, como a cabo llevóse el día antes la venta de la fábrica, ¡ahí es nada la

actividad desplegada a fondo de una mujer!

Maria se multiplicaba, dando órdenes y más órdenes a la servidumbre, en torno siempre a los preparativos de aquel viaje tan largo. Ella, que de siempre había sido una "mujer de su casa", en la más amplia acepción del concepto, arreglaba personalmente los baúles, tanto de ella como de Sammy. Atendía a todo, y ponía mano en todo, con ese nervosismo de la provinciana que por vez primera va a asomarse a un mundo insospechado.

—Todo esto lo pondrá usted en la maleta grande del señor Dodsworth —decía a una doncella que le ayudaba.

La muchacha tomó en sus brazos aquel montón de ropa que le indicaba su señora; y cuando se alejaba a cumplir el cometido, la voz de María deliraba un instante:

—Cuando la señorita Emilia y el señor McKee vuelvan de su luna de miel, dígales que he puesto todos sus regalos en su habitación de soltera.

En este momento hizo su entrada en la estancia el dueño de la casa, Sammy, a pesar de no querer aparentarlo, ofrecía en su rostro la huella de la preocupación que le embargaba. Salióle al encuentro ella, que le ofreció, como siempre, su mejilla, en demanda de aquel beso de costumbre.

Dodsworth, después de besar cariñosamente a María, dejóse caer pe-

sadamente sobre un butacón y, sentencioso, habló así:

—La "Dodsworth Motor Company" pasó a ser propiedad de la "Unión Motor" hace sólo una hora.

—¿Cómo te sientes?—inquirió afablemente ella, yendo a sentarse sobre uno de los brozos de la butaca de Sammy.

—Como se sentiría cualquier hombre que vendiera veinte años de su vida.

Más cariñosa que nunca, María acarició con su mano linda los cabellos de su esposo, al tiempo que le decía:

—Supongo que te sentirás algo perdido.

Un leve rictus de amargura empañó el semblante de Sammy:

—Pero al vender, ya sabía lo que hacía... y sé lo que voy a hacer de ahora en adelante.

—Sam, no quiera verte triste... ¿oyes?

—Gracias, María—estimó él, profundamente conmovido.

Al tiempo que, con insospechada agilidad, poníase en pie, agregó:

—Te prepararé un whisky.

Mientras Sammy se entretenía en tal tarea, María presiguió devanando la madeja de sus razonamientos:

—Piensa, Sam, que somos libres. Después de hacer, durante veintitrés años, lo que se esperaba de nosotros, podemos descansar.

Sammy, tras ofrecer un vaso a su esposa, y apurar el contenido del suyo, pretendió ahuyentar la preocupación de ella, que de sobra sabía



el antagonismo que les separaba respecto al futuro proyectada.

—A mí, también me entusiasma el viaje, créelo. Me siento dichoso... siempre he deseado conocer Londres y París.

—Es que me propongo que esto sea algo más que un viaje—replicó entusiasmada la esposa.

—Lo que yo quiero—añadió—es empezar una nueva vida... una vida llena de alegría y diversiones. ¿comprendes? Y esa es la vida que haremos.

Sammy miró a su mujer de una forma indefinible. Por un lado, le alegraba verla radiante de alegría, cual chiquilla pronta a satisfacer el más caro de sus caprichos. Pero, de otro, el presentimiento de que algo muy terrible se cernía sobre su felicidad actual, le hacía estar temeroso de abandonar aquel hogar santificado con veintitantos años de armonía perfecta.

Maria, insensible a los reparos de su esposo, proseguía su exposición, calculando llegar a disipar los vanos temores de aquel hombre, tan arrisgado para lo, negocios y tan tímido ante la idea de un largo viaje de recreo.

—Cumplimos ya nuestro deber, Sam. Hemos educado a Emilia; la hemos casado, y otorgado una excelente dote... No; no hay por qué continuar atados a esta ciudad moribunda del Oeste.

—Buena, bueno; no empieces a desprestigiar a Zenith —reerminó sonriendo Sammy.

—Lo que estoy diciendo es cierto.

¿Te das cuenta de lo que significa esta ciudad para mí? Tú estás siempre en la fábrica, manejas millones y, a tu manera, te has divertido. Yo estoy en la cocina, encargando la cena... ¡Siempre los mismos que vinieron a cenar la semana anterior! Y después, póker para los hombres, y las mujeres solas siempre, y siempre hablando de los niños, de los doctores, los sirvientes... y el Garden Club.

—Pero a ti te gusta el Garden Club —protestó Sammy, atajándola rápido.

—Pero no ha de gustarme toda la vida, mi querido Sam... Me merezco otra vida más agradable.

Dulcificó un poco nada más, el tono en que venía expresándose, para terminar:

—En Europa, una mujer a mi edad, te aseguro que es cuando empieza a ser interesante y admirada...

Sammy la miró con extrañeza. ¿A dónde iría a parar tan de uno en otro razonamiento?

—...Y no quiero encerrarme en casa, cuando aún puedo lucir y disfrutar de nuestra posición. Te pido una nueva vida... no la pido, Sam, ¡la exijo!

Cachazudo, Dadsforth, sólo supo corresponderle con estas palabras:

—Sí; ya te comprendo. Está bien: disfrutaré de la vida, aunque ello me mate... y, probablemente, será así.

Tha Maria a rebatir aquel presentimiento, cuando las voces de alguien que llegaba truncó el propósito.



En aquel momento irrumpió en la habitación un matrimonio de edad muy aproximada a la de los Dodsworth y personas ambas de toda la intimidad y confianza de los dueños de la casa.

Se trataba de Tubby, el opulento banquero, cuyo establecimiento manejaba, desde hacía mucho tiempo, los fondos de la "Dodsworth Motor Company", y de Matey, su esposa, dulce y sencilla, provinciana cuya existencia jamás tuvo otro horizonte que la reducida sociedad de Zenith, ni otro atractivo que las gracias de su marido, que eran, a Dios gracias, muy pocas gracias.

—¡Eh, viajeros de Europa!—entró escandalizando Tubby.

—¡Hola, Tubby, Matey...!

El banquero, que cuando estaba ocurente y de humor, duban ganas de desmenuarle a martillazos, porque tenía menos sombra que el andén de un apedero, intentó enjaretarles dos o tres camelos, parodiando el idioma de los países que sus amigos se proponían visitar.

—No hagas el ganso, Tubby—ordenó más que suplicar, su infeliz esposa, que sobradamente le conocía, para hacerse cargo de la mala pata que tenía, sin estar cojo.

En seguida, salió a relucir el whisky.

—Pero, ¿es que no invitáis a beber a un amigo?

—Sammy—rogó María—, dale un whisky a Tubby y... ¿me perdonáis un momento? En seguida vuelvo.

—¿Quiere, que te ayude?—ofrecióse Matey.

—Sí; anda, veto—impuso el marido, quien, por lo visto, tenía gran interés en quedarse a solas con su cliente y amigo más antiguo.

Sammy, que en ese momento cancelaba el vaso de Tubby, advirtió:

—Tú dirás hasta.

Súbitamente, el rostro bobalicón del banquero adoptó el ceño hoso y terrible del hombre que tiene que reprimir a'go espantoso:

—¡No quiero beber!

Dodsworth, miróle de arriba a abajo, sin explicarse aquella mutación.

—¿Qué te ocurre?

—Es que prefiero estar sereno hasta que termine la discusión contigo.

La extrañeza de Sammy llegó a su colmo:

—¿Sí? ¿Qué es lo que he hecho?

—Sabes muy bien lo que has hecho. Los de la "Unión Motor's" han ido al Banco esta mañana, para pedirme, como banquero tuyo, que ejerciera mi influencia sobre ti.

—No me pidas nada sobre ese particular, porque fracasaría ante tus amigos de la "Unión Motor's".

—Oye, Sammy, ¿qué te has propuesto? Porque me dijeron que, a pesar de comprarte el negocio y pagarte por él cuanto pediste, te ofrecieron el puesto de primer vicepresidente de la Compañía, encargado de la fabricación de todos los coches...

—Ea verdad—acató Dodsworth—.

Me ofrecieron cien mil dólares el primer año, además de una participación en acciones, lo que vendría a ser un total de...

—Y ¿rechazaste?

—Sí.

Tubby, que no podía explicarse la causa de tan desatinada determinación, se echaba las manos a la cabeza.

—Pero los americanos que son como tú y yo, no pueden retirarse, Sam... ¿No comprendes que nosotros hemos de morir luchando?

Tranquilo y sin alterarse lo más mínimo, Sam aclaró:

—Me he propuesto emprender, de ahora en adelante, una nueva vida, porque es que deseo conocer la forma de disfrutar del ocio, ahora que me he retirado. Hice cuanto la gente esperaba de mí; ahora quiero sentirme libre, y voy a desahogar sin pensar en cosas más serias que la temperatura de la cerveza... ¿es que hay algo más importante que eso?

Aquella actitud hemática de Sammy acabó de juicio al banquero, quien, nervioso, gesticulaba y accionaba sin soltar el vaso del whisky.

—Y ¿piensas que voy a consentir que mi mejor amigo se convierta en un infeliz turista, tan sólo porque cree que la ciudad de Zenith es poca cosa para él?

—Cuidado con lo que dices, Tub

by, que te conozco cuando a introducir la pata te pones.

—Desde que íbamos al colegio te he creído inteligente y te he admirado. Eres un gran hombre... eres un gran industrial que supiste llegar y conseguir todo cuanto yo hubiera deseado para mí, y no pudo alcanzar... Pero respecto a tu esposa, eres el más idiota, el más tonto y el más estúpido de todos los...

—¿Tubby!

Al conjuro de aquel grito, Tubby frenó en seco, porque de sobra conocía la voz de su consorte. Volvióse hacia ella, y al advertir junto a Matey nada menos que a Maria, calculó in mente las proporciones del planchazo. Pero fué ella, la propia interesada, quien galantemente salió al paso de tan violenta circunstancia:

—Es igual, Matey... Tubby tiene fama de ser un bromista genial... ¿verdad, Tubby?

—Es igual, Maria—arguyó el banquero—. Prefiero que hayas oído lo que dije, porque Sam sabe, tan bien como yo...

—No; yo no sé nada de lo que estabas diciendo — cortóle rápido Dodswort.

Y luego, más tranquilo, añadió:

—Voy a realizar este viaje para conocer con todo detalle una gran parte del mundo que aún no conozco. Bueno; y es muy posible que llegue a conocerme a mí mismo al

propio tiempo... Y hasta es posible que llegue a empujar a mi mujercita.

Diez minutos después, ausentes ya Tubby y Mutey, Sammy, retrepado en el butacón, reflexionaba en silencio, viendo a María ir y venir en

su afán de arreglar las preparativas.

¿Sería un síntoma inequívoco la apreciación de Tubby en cuanto a la esposa buena que, al exigir aquel viaje, no hacía, en cierto modo, sino valer su derecho a la vida?

## II

Muy cerca de las dos horas llevaban de navegación, y aún María no d'ó cima a la tarea de desocupar uno de los baúles. Como siempre, ante ella, sentado, estaba Sammy, abstraído en la lectura de un diario que, en realidad, no veía; era la mejor manera de disimular su denodada manía de cavilar.

Pues, señor — decíase Dodsworth para sus adentros —, resultaba que la vida a bordo no era tan insostenible como él creyera... ¿Acontecería al final que María era dueña de una sobrehumana clarividencia? ¿Le estaría, ciertamente, reservada en París o Londres la sorpresa del hallazgo de su definitiva felicidad? ¿Qué sabía del mundo aquel majadero de Tubby, envejecido entre números y operaciones aritméticas? Y pensar que todavía, en el momento de zarpar el barco, él mismo inició la idea de suspender el embarque, aún a trueque de perder el importe

de los pasajes. Claro que ello debióse, en gran parte, a la inesperada aparición, en el muelle, de su hija Emilia y el marido, que en ese momento regresaban del viaje de nocios, lo suficientemente a tiempo para dar un beso de despedida a sus padres. Con todo, la idea del viaje empezaba a ser mirada por Sammy con muy buenos ojos.

—¡Oh! ¡Esto es un lío! —gruñó malhumorada María, impotente para colgar una de las cruces-percha en el armario.

Sammy, levantando la vista del diario, aprovechó la circunstancia para proponer:

—Anda, deja esos trajes. Es mejor que vengas conmigo a visitar el barco.

María le miró contenta.

—Sam, estoy alegre, porque parece feliz.

—¿Feliz? Si es el día más feliz de mi vida... claro, exceptuando el



día en que me casé contigo. Oye: ¿te das cuenta que es la primera vez que hacemos un viaje juntos? Es como una luna de miel.

—Tenía razón yo, ¿verdad?

—¡Se acabó el trabajo! — gritó molesto Sammy, plétórico de entusiasmo ante el insospechado mundo que se ofrecía a sus ojos.

—Ven a visitar el barco—propuso a renglón seguido.

—No; ahora no. Tengo que verte firme para la cena, y tú también.

—¿Tenemos que vestirnos para cenar??

—Pues claro—ratificó María—¿Es que no quieres?

—Bueno—aceptó él, resignado.

Y procedieron a vestirse de etiqueta. Sammy tardó muy poco tiempo en colocarse el smoking; no así su esposa, quien perfilaba de tal manera el tocado y tardaba tanto, que él, impaciente, largóse al comedor y allí la esperaba.

El camino a recorrer desde su cabina hasta el restaurant fué un continuo despertar de ajenas curiosidades. ¿Quién le habría aconsejado a aquel caballero la etiqueta rigurosa, dispensada en la cena de aquella noche? Sammy no dejó de percatarse de la coladura; por ello, cuando en el bar se le acercó, sumiso y cortés, el camarero, quien le miró disimulando su extrañeza, Dodsworth no pudo por menos de reconocer:

—Parece que he cometido un pequeño error.

—No tiene importancia—sintió el camarero.

Al acercarse a la barra del bar donde aguardaría a su esposa, sonrió al acordarse de lo emperifollada que María se estaba acicalando con su mejor soirée de noche, para asistir a una cena donde nadie iba de etiqueta.

—Un Martini, pero seco—demandó al barman.

En aquel preciso instante, un joven, elegantemente ataviado, se colocó desearadamente a su lado, dispuesto a entablar conversación.

—¿El señor Dodsworth?

—Sí.

—Me he enterado de que estaba a bordo. ¿Le molesta que me presente?

—¡Oh! Nada de eso.

—He viajado por todo Sud América con uno de sus coches.

—Y ¿qué tal se portó?

—Muy bien todo el camino.

—Bien.

Un breve silencio embarazó aquella conversación tan intrascendente.

—Me llamo Locket—expuso el joven.

—Encantado. ¿Tomará una copa?

El barman, al tiempo de servir el Martini a aquel pájaro de cuenta, harto conocido de otras travesías, no pudo evitar un gesto de asco.

—Espero a mi esposa—explicó Sammy.

—No me gustaría molestar.

—¡Oh, no! ¡Nada de eso! ¡Ahí viene ya!

Efectivamente, por el amplio ac-

ceso del bar hizo su aparición María, que venía elegantísima, en soirée de noche y ricamada de alhajas que valían una fortuna.

A su paso, todo el pasaje, especialmente las mujeres, volvíanse para mirarla, y admirar el valor de sus joyas, y el valor que hacía falta para presentarse de gala aquella noche en el comedor. ¿Qué se pondría encima esta señora para asistir a la coronación de un monarca?

María llegó junto a su marido, toda nerviosa porque las miradas la azoraban atrozmente. También ella se daba cuenta del error, pero ya era tarde.

—¿Lo vez, querida?—recriminó Sammy—. No teníamos necesidad de vestirnos para la cena la primera noche. Caro que no se saben todas esas cosas en el primer viaje.

—No es mi primer viaje, Sammy—protestó ella, que ante aquel desconocido, que por cierto no estaba mal, quería aparentar ser una mundana de tanto y tanto.

A renglón seguido vino la presentación de ritual, y dos minutos más tarde, María era mecida por los brazos galantes del capitán Locket, a los compases cadenciosos de un b'ue. Y en la mesa, Sammy, la emprendía terrible con otro Martini seco, que trepando veloz a su cabeza, le amenazaba con un semimareo. Menos mal que Sammy, apercibido de ello, abandonó el bar y buscó en la brisa nocturna de cubierta el despeje de su cerebro.

Confundidos con aquel conglome-

rado de parejas, María y el capitán iban trezando los preliminares de una conversación. Ella, halagada en su vanidad femenina, sentíase feliz al ver que Locket la encontraba sumamente atractiva; de otra manera no se explicaría la eficiencia con que el galán apresuróse a erigirse en pareja suya por toda la noche.

—¿Cuánto tiempo van a estar ustedes en Inglaterra?—inquirió con intención aviesa el capitán.

—No lo sé. Aún no hemos hecho planes para Londres.

Y en este tono fué desfilándose la conversación, a través de la que Locket, procuró irse afianzando en el corazón de aquella señora, un tanto "fuera de edad", por muy americana que fuese. Podía constituir una aventurilla de a bordo sin trascendencia. Además, era millonaria, dato muy de tener en cuenta, llegando el momento del escándalo, que las personas de posición saben cudir elegantemente, sin regatear mucho. De esto, tenía una dilatada experiencia aquel tal capitán que comerciaba, cínico, con los corazones femeninos, en pos del lucro, ni más ni menos que si comerciara en granos.

Pero María, ingenua, no veía en aquel tenorio profesional sino un perfecto caballero, cuya exquisita corrección hacia pendant con su elegancia innata de hombre de mundo. Y a pesar de su candidez, dióse cuenta perfecta de que Locket la encontraba, cuando menos, interesante. Ella, firme en su virtud, hallaba



distruido el juego, sin prever las consecuencias.

—Voy a proyectar grandes planes en Londres para nosotros.

—¿Para nosotros? —recalcó, coqueta, María. Dibujando un mahón de incredulidad, añadió:

—Ya sé que estas amistades de a bordo, no subsisten en tierra.

La música había cesado, instintivamente, los dos abandonaron el salón, y sin saber cómo, se encontraron desplazados hacia un amplio ventanal, a cuyo través podía verse el mar en calma y plateado por la luna.

—¿Por qué no cree que nuestra amistad era algo diferente?—preguntó Locket, a la esbelta de cierta pausa breve.

La pregunta pendió en el vacío, y, a cambio de ella, lo que volvió a los oídos de ambos, fue la voz extintora de Sammy, que a gritos llamaba a su esposa. Penetró en el salón, y quise que no, les hizo a los dos subir al puente de cubierta, para contemplar el haz potente del reflector del faro, cuya ráfaga pasaba rápida, para ir a esmerdarse en seguida.

No muy de grado accedió María a complacer a su marido en aquella tontería; pero, no obstante, era tan feliz en esta noche, que prefirió evitarse la molestia de una discusión.

—He visto tierra—repitió Sammy muy entusiasmado.

—¿Tierra?

—Verás la luz del faro. Oye: llegaría a tierra en una hora si consi-

guiera una lancha-motor. Ya hemos llegado casi a tierra... ¡Vigilad tierra!

Y al decir esto, palmeaba de júbilo. Pero María no compartía la radiante euforia de su marido; y no podía compartirla, en primer lugar, porque la habían arrancado del sueño que allí dentro del salón empezaba a gustar, para traerla a ver el espectáculo estúpido de el reflector girando sobre su eje; y en segundo, porque el alarido de huracán que las azotaba plenamente, la estaba poniendo una cabeza ahorratísima.

Los recién llegados, atentos a las instrucciones de Sammy, seguían con los ojos muy abiertos y clavados en la negrura de algo que a lo lejos se distinguía y que debía ser tierra; pero la luz del faro no acababa de llegar.

—¡Oh, me hielo! No he traído nada.

Tenía razón María. Aquel vestido sin mangas, sin casi espalda y con un escote amplísimo, no era lo más a propósito para aguantar tamaño huracán.

—Ponte esto—ofreció su esposo.

Y al decir tal, despojóse del smoking, extradiéndolo luego por los hombros de María, a quien ni aún así, acababa de convencer aquella mujadería.

—¡Oh, no! ¡Sammy, por favor!

—Si es igual. El caso es que no tengas frío.

—Yo no veo ninguna luz—apuntó ella.

—Espera, no tardarás en verla.

Fíjate; allí, donde yo señalo... tú, \*  
fíjate bien.

Al decir esto, extendía, como largo era, hacia el horizonte, un brazo, rematado por un pulgar que señalaba el sitio.

Pero nadie veía nada. Lo único que estaban viendo era el catastrazo que les costaría la dichosa luz del faro.

Inmediatamente cruzó sus rostros el potentísimo haz de reflector, para ir, seguidamente, a ocultarse.

—¡Ahí va! ¿Has visto, María?—gritaba, emocionadísimo, Sammy.

El entusiasmo de éste no era, ni mucho menos, compartido por su esposa y el capitán Locket.

—Sí; es muy bonita, Sammy, pero ponte tu chaqueta; el capitán Locket y yo vamos a seguir bailando.

De nada sirvieron a Dodsworth los razonamientos para convencer a su esposa que debía quedarse a presenciar todo aquello. María torció nuevamente al salón, cuidando de no regresar sola. Cuando traspasó los umbrales de tan suntuosa habitación, a su lado, y cual si la diera guardia de honor, iba Locket.

Sammy quedó solo.

A decir verdad, no debió agradecerle mucho aquel simple detalle de María. En tantos años de matrimonio, era la primera vez que le dejaba, sin concederle importancia.

Un camarero acertó a pasar por allí.

—Oiga; hebería cualquier cosa aquí. Tráigame algo.

—¿Qué desea el señor?

—No lo sé. Traiga una bebida que calme los nervios.

—¿Por qué no toma cerveza fuerte, señor Dodsworth?

Este volvió la cabeza con curiosidad hacia el lugar de donde parecía provenir la voz, pero en la densa oscuridad de la noche, agravada por algo de niebla, nada pudo distinguir al pronto.

—Usted perdone—excusóse Sammy, al tiempo que se adelantaba al lugar donde parecía estar la persona que así le habló y que era, ciertamente, una mujer.

El ramalazo de la luz del faro le orientó definitivamente por un instante. Sí; quien había hablado era una mujer que, indolentemente, parecía descansar, semitumbada, sobre una hamaca de cubierta.

Cuando Sammy estuvo ante ella, volvieron los labios de ésta a despegarse para insistir en su recomendada receta:

—Si quiere una bebida calmante, o mejor es cerveza fuerte.

Dodsworth calló porque, en realidad, sus cinco sentidos se concentraban en el de la vista, que a todo trance se empeñaba en saber cómo era la drama en cuestión. ¿Guapa? Desde luego, denotaba sentido común al preferir la soledad cara al cielo y el mar, sobre la estupidez del baile.

El camarero estimando que aquel silencio de Sammy era asentimiento a la sugerencia terapéutica de su más reciente amiga, partió con el recado.

La dama, que hacía un buen rato que sin ser vista, fué testigo del entusiasmo del americano ante espectáculo tan pueril, como era la rotación del faro de costa, creyó oportuno referirse a ese hecho:

—¿Cómo llama usted a esa luz? También la he visto.

—Pues... la luz del puerto.

Sammy asintió con una ingenua sonrisa su natural bonachonería:

—Como nunca había viajado... estoy contento, emocionado. Al ver esa luz, he recordado cuanto había leído acerca de Inglaterra... ¡La madre Inglaterra! ¡Nuestro hogar!

Los ojos de la dama rebrillaron en la obscuridad, acusando que al mismo tiempo los labios contraíanse en una sonrisa que podía ser condescendiente.

—¿Siempre sintió ese orgullo por Inglaterra?

—No sé—Sammy parecía dudar—Lo he notado así, de pronto, pero quizá siempre lo haya sentido. Creo que muchos americanos lo sentirían igual, si los educaran con esa idea...

Y a continuación, buscando mayor afirmación para su postura, agregó:

—Pero si toda mi familia proviene de Inglaterra...

Edith, cuyo era el nombre de tan sagaz interlocutora, juzgó interesante la conversación con aquel espíritu infantil, "niño grande", y amablemente le instó para que tomara asiento allí en otra hamaca vacía que había junto a ella.

Al tiempo que la obedecía, Sammy explicó:

—Verá: es que... me he divertido mucho en este viaje. ¡Son todas tan amables!

—¡Qué agradable es el primer viaje a Europa...!—exclamó ella, como en rememoración melancólica.

—Sobre todo, cuando se tiene edad suficiente para saber lo que se quiere.

—¡Lo que se quiere...! ¿Es verdad? Y ¿usted, qué quiere?

Sammy extendióse en una serie de explicaciones sobre las que destacaba como resumen total, que el viaje se debía a presión de su esposa, que no quería trasponer los límites de la ancianidad sin comprobar que en el mundo existían cosas más amenas y distintas que vivir en una capita' provinciana, en paz y en gracia de Dios.

—¿Cuánto tiempo se ha concedido para este viaje?

—Seis meses.

—¿Cree que será suficiente?—volvió a preguntar Edith.

Sammy asintió con un movimiento de cabeza:

—Entonces, desearé volver a mi casa—afirmó rotundo.

La dama, por segunda vez, volvió a rememorar en un tono que no dejaba lugar a dudas:

—Sí. Yo también sentí nostalgia cuando me marché.

Porque Edith era americana, de Michigan, aunque por su matrimonio con un inglés, cambiara posteriormente de nacionalidad. De to-



das maneras, tampoco ella se creía verdaderamente inglesa, toda vez que, al envidiar, automáticamente, podía recobrar su primitiva nacionalidad.

—Supongo que sólo soy una mujer que vive en Italia.

Sammy, que juzgaba que todo el mundo era América, no podía explicarse que aquella mujer, inteligente y bonita, con esa belleza, nuncio feliz de una madurez de juicio, pareja a la de la edad, esclavizara su vida, reduciéndose solamente a su finca de Capri. No: no era posible... a mujer tan inteligente tenía, por fuerza, que estarle reservado mejor destino. Sammy inquirió, formulan-

do preguntas, con esa indiscreción ingenua con que también los niños interrogan a veces; y Edith, sonriendo siempre con la superioridad espiritual que ella misma se había abrogado, iba satisfaciendo aquella curiosidad pueril: la vida en Capri, era muy económica; y ella vivía allí porque su pensión de viuda no la permitía otra cosa...

Súbitamente, Sammy frenó en seco su interrogatorio. Acababa de percatare que su actitud podía no estimarse correcta ni mucho menos, y procuró recoger ve'as.

—Mi esposa dice que hago demasiadas preguntas.

## III

Las primeras palabras que pronunciaron los labios de María, al retornar al salón, seguida del capitán Locket, fueron un sincero reprocho para la banalidad de su consorte:

—¡Ese Sam! ¡Mira que entusiasmarse con la luz del faro! ¡Fíjese qué peinado se me ha puesto! ¡Oh! ¡Es horr b'el! Y lo peor es que no puedo arreglarlo... Dígame, Locket, ¿cómo estoy?

El capitán, a través de su ambigua

sonrisa, aprovechó la circunstancia para expresar una opinión:

—¡Está preciosa!

Los compañeros de aquel blue se extinguieron hasta quedar en nada. Al desahocarse las parejas, María, que notaba síntomas de cansancio, sugirió:

—¡Vámonos!!

Locket la dio guardia hasta el camarote de gran lujo que habitaban María y su esposo, y ya ante la puerta, propuso:

—¿Qué le parece si tomáramos aquí nuestro whisky?

—¿Por qué no?—estimo ella.

Una vez dentro, Locket preguntó, inquiriendo con doble intención:

—¿Le cree capaz de basearme por todo el barco, y de que me mate si me encuentra aquí?

Maria sonrió. Conocía sobradamente a su marido y la confianza justa y merecida que en ella había de siempre depositado. El, podría tener todas sus virtudes anticuadas, pero la de los ojos constituía una excepción.

—¿Y a eso le llama usted una virtud?

Maria le miró cual si con los ojos pretendiera adivinar el doble fondo de aquellas palabras. Ella no podía alardear de mundana experiencia, pero presentía, con peculiar intuición, que aquel hombre trataba de seducir la fortaleza de su virtud... Pero... no; no podía deducirse intención aviesa en persona tan correcta. Claro que esta corrección había traspasado los límites de la galantería más equívoca, adentrándose casi de lleno en el campo peligroso del cortejo. Esa era la modesta opi-



—Renuncie a ese viaje por todo el Continente y quédese en Londres...  
¡La voy a echar tanto de menos...!



nión de ellas; pero, ¿no estaría pecando de vanidad? Francia no era América. París, clave de la más exquisita mundanidad, podía exhibir a mandíbula batiente los provincianos recelos de una pobre mujer, que no estaba dispuesta a deslumbrarse en esta su primera salida al mundo.

Locket clavó sus ojos en ella, y avanzando su rostro hacia María, habló en un medio tono que revelaba de pasión sus palabras, sin disfraces ni disimulo.

—Renuncie a ese viaje por todo el Continente y quédese en Londres... ¡La voy a echar tanto de menos...!

María recibió en su honestidad aquella terrible bofetada, y canta, frenó su intención de castigar cumplidamente el ultraje. Sería, encasó la ofensa, y ante ella se hizo fuerte, para no perder la serenidad de que ahora tanto precisaba.

—No s'ente usted lo que acaba de decir—pronunció gravemente.

Y mascando las palabras con mal contenida rabia, añadió:

—...¡Ni quiero que lo diga!

Cinco minutos, aquel seductor profesional, insistió torpe:

—Pues hace mal. ¡Mercede usted tantas cosas que le fueron vedadas hasta ahora...! La considero una mujer de talento, además de encantadora.

Ve vióle la espalda ella, y con desprecio rechazó el halago:

—A cualquier mujer le agradecería oírle decir eso, pero... es una verdadera tontería. Me disgusta.

Iba a replicarla Locket, pero ella le cortó:

—¿No cree que hemos pasado demasiado tiempo juntos?

—¡Oh, querida!—insistió el galán adivinando que había ido muy lejos—Olvide lo que acaba de oír, y venga a almorzar conmigo en Londres.

—Ni pensar'lo. Y ahora, buenas noches.

Alejóse un tanto, brindando discretamente la puerta, desde la que Locket todavía apuró su aria de impertinencias.

—¿No se le ocurre nada más agradable que "buenas noches"? ¿Buenas noches, querido Locket?

Ella, le miró iracunda:

—Buenas noches es lo único que debo decirle. Creí que las personas civilizadas sabían hasta dónde puede llegar una conversación inocente.

Locket, llegado este momento, juzgó su tremendo error, y rabioso ante el fracaso, buscó salida airosa con estas palabras:

—Le presento mis excusas. Pero, si me lo permite, la daré un consejo: procure no jugar con fuego, porque ello sólo puede conducirle a situaciones violentas, de las que puede no salir airosa.

—¿Quiere tal vez indicar que no estoy al nivel de su atrevimiento?

El coraje del seductor, fallido, manifestóse ahora sin rodeos:

—Está desplazada. La actitud que adopta ahora, es completamente ridícula. Se cree usted una mujer de

mundo y no lo es en absoluto. Y temo por usted.

Súbitamente, la puerta del camarote se abrió, impulsada desde fuera, Sammy Dodsworth, con su oportuna aparición, daba por concluida aquel diálogo enojoso.

— Buenas noches, capitán.

— ¡Ho a! — exclamó éste, un tanto sorprendido. — ¡Vaya una casualidad!

— ¿Qué? ¿Se iba?

— Sí. Estaba despidiéndome.

— ¿Una copita, antes de marchar? — ofreció Sammy, obsequioso.

— No, gracias — rechazó Locket. — He de arreglar mi equipaje, y...

— Pues ya nos veremos.

Aquel extraño optimismo del marido, no dejó de extrañar a Locket, qu'en, haciendo cálculos sobre ello, llegó hasta su camarote.

Una vez solos, Sammy y su esposa, aquél, por decir algo, emitió una opinión del personaje que felizmente acababa de dejarles:

— ¡Bah! No es ma'o... algo fresco... pero un infeliz...

María, que no podía más, estalló en una crisis de nervios, y allozando, trémula, dejóse caer sobre la cama.

Acudió solícito Sammy a enjugar aquellas lágrimas:

— Pero, ¿qué tienes, Mari? Querida, ¿qué te pasa? ¿Qué fue ello?

Ocultando el rostro, bañado en llanto, ella exclamó con voz entrecortada:

— ¡En mi vida me habían ofendido tanto!

— Pero... ¿qué te dijo?

— Me ha insultado. Me ha dicho muchas cosas, Sam... ¡No puedo soportarlo.

Dodsworth sonrió, comprensivo, porque sabía que, al menos, la lección quizá fuera provechosa.

— No te burles, Sam...

— ¿Qué quieres? ¿Que le busque y le asesine? Y, ¿ello sería de buen tono? Ni tú, ni yo, hemos nacido para estas cosas tan de gran mundo. Se nota, en seguida, lo paletos que somos.

— ¡Sam! — exclamó María en un alarido, al sentirse tan herida en su vanidad de mujer moderna.

— Tú tienes la culpa, por haberle dado conversación — recriminó Sammy, un tanto grave.

— ¿Vas a echarme a mí toda la culpa?

— Has hablado demasiado con él. Quizás le hayas confesado mis defectos y él, infeliz en su vanidad de espíritu superior, ha equivocado tu moralidad.

María llegó junto a su marido y, tendiéndole ambos brazos al cuello:

— ¡Sam...! — susurró con voz suplicante.

— ¿Qué?

— No vayamos a Inglaterra, ya...

— ¿Cómo dices? — exclamó altamente extrañado Dodsworth.

— Ahora quiero ir a Francia, sin pérdida de tiempo. Me arrepiento de lo ocurrido y, además, me avergüenzo profundamente de mi inflexión.

Sammy resistióse todavía al pre-

capitado deseo de su mujer, que no obedecía a otro móvil que el evitar dar pretexto a aquel estúpido de Locket para seguir pensando en que ella le obedecía. Pero de nada valióle argüir razonamientos más o menos poderosos, ni invocar los nombres de ciertos fabricantes ingleses de automóviles, con quienes tenía concertadas entrevistas. María defendió bravamente aquel empeño de no pisar Londres, y para ello, y como supremo recurso, se atrevió a denunciar el peligro:

—No quiero estar en Inglaterra, porque ese hombre se reiría de mí y dirá...

—Que le echaste a puntapiés—remató, sonriente, Sammy.

María, agudizando sus ademanes, suplicó mimosa:

—Tienes que cuidarte de mí, Sam. Tienes que hacerlo. Tengo miedo. No tengo confianza en mí misma.

—¿Tienes miedo, penita?

—Sí. ¡Oh, Sam...! Ya sabes que soy una mujer honesta y sencilla. Dí que si me sorprendes algún día aparentando este "snobismo" de mujer moderna, me pegarás. ¡Dímelo, Sam...!

—Bien—otorgó él, a duras penas.

Y acentuando el ritmo de su sonrisa, le preguntó:

—Y ¿quieres que te pegue muy fuerte cada vez?

Al fundirse los dos en un abrazo, fundiéronse también el eco de sus risas.

La crisis había remitido.

Y el peligro ya iba lejos.

## IV

París...

La amable ciudad de ensueño, captando con su gigantesca antena, que es la celebérrima torre metálica, la atención de todos los países del globo.

París...

Maravilloso laboratorio donde la civilización modernizó, estilizando sus líneas, la forma de vida de todos los humanos. Guerras, pasiones,

discordias, epatadas por el aura feliz de ese sol que es París, enviando sus rayos de vida riante y amable a todos los ámbitos de la Tierra. Ombligo mundial por propio derecho y unánime designación, ante ti, ¡oh París, ciudad luz!, se rinden todos, pobres y millonarios, mancebros y aventureros, proclamándose, solemnes, capital del mundo, a los atordes gachones de la canción



carulla que tus boulevares tienden a immortalizar.

En una de las habitaciones acotadas en aquel hotel suntuoso, para servicio y uso exclusivo de los Dodsworth, María y su marido desayunaban.

venía diciendo todas las mañanas, desde hacia doce días, que, por vez primera, pisaran suelo parisién.

—Te aseguro, María, que cuando pises en ello te emocionarás de veras. Allí donde se alza ese Obelisco,



*En una de las habitaciones acotadas en aquel hotel suntuoso, para servicio de los Dodsworth, María y su marido desayunaban...*

ban al calor reconfortante de un sol que a raudales penetraba por el balcón, a través de cuya vidriera se divisaba, a lo lejos, el Obelisco conmemorativo, que recortaba su afilada silueta de estilete sobre el fondo azul de aquel cielo de bendición.

Al par que mataba de mantequilla un trozo de pan, Sammy, refiriéndose al Obelisco, dijo lo mismo que

es donde estaba la guillotina. Ahí, es donde aquella... ¿cómo se llamaba? Aquella Madame Rolland, dijo aquella de: "¡Oh, libertad! ¡Cuántos crimenes se cometen en tu nombre!" Lo dijo en francés claro. Y ahí, es donde a Madame... María Antonieta le cortaron el cuello.

María, un tanto abrumada por



aquella erudición de "baedeker", que invariablemente se repetía cada mañana, protestó:

—Sammy, ya dí los buenos días al Obelisco para siempre. De ahora en adelante voy a hacer como si no existiera.

—B'en—acató él—. Otra cosa, ¿qué planes tienes hoy?

Maria le miró extrañada:

—¿Mís p'anes? Ninguno. ¿Y los tuyos?

Adoptando un cómico aire de superioridad intelectual, respondió:

—Creo que iré a visitar la tumba de Napoleón. Ven conmigo.

Pero ella declinó la invitación, porque entre la modista, el peluquero y otras importantísimas ocupaciones, tenía el tiempo de sobra ocupado.

—Renée de Penobble irá conmigo—expuso ella.

El caxon roncó del teléfono interior cortó el diálogo:

—¡Oh, "mon vieux"! ¿Quieres ver quién llama, por favor?

Sammy obedeció a su esposa, entre otras cosas, porque se lo había pedido con un acento tan francés, que contrariarla hubiera sido tanto como hacerle un feo a la nación en pleno; y a él, conflictos internacionales, ni hablar.

Del receptorio del hotel les avisaban que una distinguida dama que atendía por "Madame Penobble", deseaba ver a la señora Dodsworth.

—Que suba, sí... Oui, monsieur.

—Sammy, ponte la chaqueta. Así estás demasiado casero. Y cubre ese

desayuno a base de huevos fritos y jamón... Te aseguro que no sé cómo te puedes meter todo eso rec'en levantado. Aquí, en Francia, donde entienden lo que es la comida, se desayunan con manjares ligeros. Hace doce días que estamos en París, y yo ya he aprendido; pero tú, continúas con el mismo desayuno de siempre.

—Es que continúo con el estómago de siempre.

A Sammy le cargaba un tanto aquella apesadumada de Renée Penobble. Por eso, aprovechó la circunstancia de llegar ella, para largarse, aun perdiéndose buena parte de aquel desayuno. A punto de salir, preguntó a Maria:

—¿Almorzaremos juntos?

—No. No puedo—rechazó ella—. Renée me ha invitado a almorzar en el Ritz.

—Bueno—asintió, no de muy buen grado Sammy, al observar que Renée le arrebatava a su mujer también aquel día.

—¿Qué te parece si después de comer nos juntamos en el café de la Paix?

—Veré si puedo ir, Sammy.

—Está bien. Adiós.

Avivó para no encontrarse con Renée, pero quiso la fatalidad que al abrir la puerta se dio de bruces con ella, que en tal instante llegaba. No fué posible eludir, cuando menaba el saludo.

Renée Penobble, con su elegancia provocadora, resultaba una mujer de edad indefinida. Ni vieja ni jo-

ven, parecía haberse estancado hacia tiempo, en cualquiera de los años de la treintena. Residía en París desde que, muy joven aún, enviudó de su primer marido. No se la reconocían, ciertamente, bienes de fortuna, pero ella, merced a cualquier secreto malabarismo, vivía bien: gastaba a tono con el tren de lujo que llevaba, sin que nadie pudiera precisar de qué misteriosa mina sacaba Renée el dinero necesario para todo. Los más suspicaces, derivaban sus conjeturas hacia ciertas actividades de espionaje; a ello se prestaba el cielo de relaciones de que supo rodearse la Prelimbic, que contaba sus amigos por personalidades relevantes de todas las esferas, especialmente la política.

Pero como para la ingenuidad del matrimonio americano, ciertos detalles pasaban desapercibidos, aceptaron la amistad de aquella mujer, definitivamente ganados por su arrolladora simpatía.

Como siempre, el tema inicial de la conversación de la recién llegada, fué la bromita inocente a propósito del fervor turístico de Sammy. Y ésta, como todos los días mantuvo muy serio su postura de hombre que había cruzado el Atlántico, para algo más que para paladear diversiones.

—Sí, señora—afirmó casi solemnemente—. Voy a visitar la tumba de Napoleón.

—Y ¿qué? ¿Qué tal va ese francés?

—¡Fantástico!! — exclamó Doda

worth, entusiasmado—. Progreso extraordinariamente. Ayer le dije a un taxista: "Aka'i... a'ali", y la comprendió.

Rieron las dos mujeres, circunstancia que Sammy aprovechó para largarse. Cogió su "haedeker", que era su hábil o más eficaz para medio entenderse en aquella Babel prodigiosa, y tras una breve despedida, salió, dejando solas a las dos mujeres.

Treinta minutos después, también abandonaban el hotel Renée y se va inseparable amiga María Dode-worth.

Sammy por su camino, y su esposa por otro opuesto, separándose por la mañana, para no volverse a encontrar hasta por la noche, constituían un matrimonio más de los muchos que han dado a París esa tónica especial, admiración de todos los egoístas que por encima de todo adoran su libertad.

María, mostrándose incansable en sus carreras, conociendo a cada paso nuevas personas, que galantemente — especialmente los hombres—rendíanse ante su personalidad de millonaria yanqui, era tan inmensamente feliz, que por nada ni por nadie habría estado ya de aquella vida, que pomposamente calificaba de etapa más feliz de su vida.

Sin embargo, Sammy, que aborrecía aquel estruendo que tan dichosa estaba haciendo a su mujer, se aburría soberanamente. Ni iba a sitio alguno, ni conocía a nadie. Lo de las

visitas a templos de Arte e Historia, eran fúta también. El infeliz ex fabricante de automóviles dejaba transcurrir las horas interminables de todo el día, repartiendo el tiempo en varios cafés, prefiriendo las menos concurridos. Sólo siempre, sin más compañía que sus recuerdos y añoranzas de su patria lejana, a la que estaba deseando retornar, devanaba las horas, pensando en su hija. Únicamente, de vez en cuando, su pensamiento dejaba magnifico resquicio para la duda: y era entonces cuando aquel hombre bueno, que no supo vivir sino para el trabajo, fruncía el ceño en mil arrugas, al tiempo que en su fuero interno se preguntaba si toda aquella tardía juventud a la que María empeñábase en sacar el jugo, no correría peligro de deslumbramiento. Era mucho París para una ingenua provinciana, que por ende arribaba a aquel paraíso poseída de un ansia irrefrenable de divertirse.

Pero no, María era tan dueña de sí, que pensar en algo trágico, era proporcionarse deliberadamente un desconsuelo estúpido.

Y aquel día, como los anteriores, Sammy consumió la tarde en tales cavilaciones. ¡Qué ajena estaba María al estado de ánimo de su marido, cuando en aquellos mismos momentos le era presentada por Renée al sempiterno galantador Arnold Iselin, ocandalado aristócrata, enriquecido con suerte y aún mucho más

afortunado con las mujeres! La casualidad, encarnada en Renée, los puso en contacto, la tarde aquella en ese salón de té donde María y su amiga realaron "casualmente", y donde también por "pura y feliz coincidencia", encontraron a Iselin. Como también fue pieza "casualidad" el que Renée tuviera que abandonarles, reclamada por la condesa de Revilz Longre, que ocupaba otra mesa distinta.

—Renée tiene unos amigos muy divertidos—estimó María, una vez quedóse sola con Arnold.

—Y amigos bellísimos—enjuicio éste, pensando dar a sus palabras un alicance en el que, a decir verdad, no reparó María, que, en el fondo si sentíase feliz, era por verse halagada como jamás soñara. Decididamente, el "cachet" del viejo Continente, curtido en la ramera solera de una historia que no se compara con oro, sino con años, resultaba una patina añeja que ella iba a ochar mucho de menos allá en América, donde el positivismo jamás podría dejar traslucir ese tinte amable con que Europa, y París por excelencia, adereza las relaciones entre las personas.

Pero María, que en el fondo resultaba una ingenua, nunca pudo sentir que, a veces, también tras esa apacibilidad de medio tono en que la buena sociedad parece moverse, se ocultan las abietas fauces del monstruo, que tiene en la confianza su arma más eficaz.

María, infeliz, no vislumbraba que al acecho de su presa podían escon-



derse algunos; y Arnold Iselin era uno de ellos. ¿Qué podía haberle inducido a pensar que María no estaba plenamente enamorada de su marido? Si se jactaba de penetrar a fondo en los corazones femeninos, hay que reconocer que el de María era un arcano para él, ya que no supo adivinar en él, como dueño p'eno y absoluto, a Sammy Dodsworth.

En aquel cuartito de hora larga en que Renée, sabiamente, supo darle la ocasión a Iselin, se habló poco y de cosas intrascendentes. Arnold nunca creyó encontrar en María esa inteligente resistencia de que estaba haciendo alarde. Y lo más estupendo era que ella, incauta, se mostró así, ajena a toda preocupación, porque, en fin de cuentas, en Arnold Iselin no veía sino un caballero muy correcto, que si bien galanteaba, no podía considerársele peligroso.

—Paris es mucho más divertido

de lo que yo creía—expuso María, cual si resumiera así la breve conversación con su reciente amigo.

—Diga, ¿qué puedo hacer para formar parte de su Paris?—preguntó Arnold, dispuesto a todo.

—Venga a cenar conmigo mañana, ¿quiere?

—Naturalmente—dijo Iselin, reprimiendo apenas su gozo por aquel triunfo que era un tanto para su victoria.

—Mi marido tendrá mucho gusto en conocerlo—agregó ella, dejando caer las palabras con inintencionado efecto.

Arnold encajó el golpe. ¿Qué clase de mujer era aquella? ¿Pretendía burlarse? Por si era un desafío, aceptó el reto. Iría a cenar con el matrimonio. Poniase en juego su amor propio de incorregible "Casanova".

## V

La noche siguiente, y en las habitaciones reservadas en el hotel, el matrimonio Dodsworth reunió a su mesa a Renée Penolhe y a Arnold Iselin. Junto con ellos, había dos invitados más: uno era Edith, la viuda que ya conocimos en el barco, y el otro, el joven barón de Kurth, de la más rancia aristocracia vienesa.

El pretexto para tal reunión fué

el cumpleaños de María, de quien no hay que decir que aquella noche estaba radiante de felicidad. De su marido no podría afirmarse otro tanto, pues que ya sabemos lo poco que le divertía la compañía de aquellos personajes, a excepción de la viuda Edith, por quien Sammy sentía una decidida simpatía.

Va de madrugada dióse fin a la



fiesta, y fué Renée quien primero rompió filas.

—Perdone, querida María, pero debo marcharme.

—¿Sí?—apuntó aquella, con evidente sentimiento.

Y como si aquello fuera la señal, se inició el desfile de todos los demás invitados.

—Siento que se hayan aburrido—lamentábase María—. Hubiera sido más divertido celebrar mi cumpleaños en cualquier cabaret, como yo quería. Pero Sam siempre insiste en que no quiero que me cansen... ¡figúrense!

Al escuchar aquello, Edith evidenció su extrañeza:

—Yo no sabía que fuera su cumpleaños.

—¿No?—exclamó sonriendo María—. ¡Ojalá no lo fuera! A ninguna mujer le gusta cumplir los treinta y cinco.

Pero Edith la reconvinó, amable:

—Cuando llegue a mi edad, quizá piense que a los treinta y cinco es la mejor época de la vida.

—¡Oh! Espero parecer tan joven como usted, cuando tenga su edad.

—¿Vámonos, barón?—propuso Renée al joven Kurt, al tiempo que le ofrecía su brazo.

—Buenas noches, barón—habló María—. Gracias por sus preciosas flores. Telefonéme mañana. Tal vez podamos bailar a la hora del té.

—Encantado.

Sammy, a instancia de su esposa, salió para acompañar a Renée y al

barón hasta el ascensor, circunstancia que Arnold aprovechó para hablar con María.

—Ha sido una velada deliciosa.

—Venga a cenar otro día.

—Usted y su esposo, vendrán a mi casa luego. ¿Qué le parece el martes? ¿A las ocho? Quai Voltaire... Se atraviesa el Carrousel y se sigue por el río.

María, al tiempo que le tendía una mano, prometió:

—No lo olvidaré. Muchas gracias.

—¿Puede confiar en que vendrá?—insistió todavía Lee'in, cuando hubo besado aquella mano que le despedía.

Con una mirada, María asintió de nuevo.

Edith, que había ido a buscar su capota de armiño, también se dispuso a marchar.

—¿No volveremos a verla ya?—preguntó María, vivamente interesada.

—No. Pienso salir hacia Italia esta mañana.

Y en tono más confidencial, añadió:

—Cuidado, querida.

—¿Por qué?

—Es usted tan inexperta...

Sammy, que regresaba, cortó el diálogo aquel en lo más interesante:

—¿Se marcha usted, Edith?

—Sí. Ahí, en un papel de cartas, le dejé anotadas mis señas en Italia. Es cerca de Nápoles.

—¡Fantástico!—aplaudió Sam—.

Así, pasaremos a visitarla cuando nos acerquemos por allí.

—Luz, espero.

—Buenas noches, señora Cortright.

—Buenas noches.

Cuando quedaron solos María y su marido, éste lanzó un suspiro profundo y cual si acabase de liberarse de algo inaguantable, dejóse caer sobre un butacón. María le vió hacer, y, sin poderse reprimir, emitió en una frase toda la profunda antipatía que le inspiraba Edith, que era precisamente, y por irónico contraste, la única persona con quien Sammy transigía:

—Te gusta la manera de ser de Edith, ¿verdad?

Sam la miró, extrañado:

—Recuerdo que tú dijiste que era la mujer más distinguida que había a bordo.

—¡Bah! Parece una campesina en París. Pero ya habrás visto que me gusta saludar a tus amigos, aunque algunos no sean muy divertidos.

—María... ¿no estás ya cansada como yo de París?

—¿En un mes? Pero, Sam...

—¿No te parece que va a empezar a ser hora de que nos volvamos a casa?



—Yo no sabía que fuera su cumpleaños...

—¿A casa? No, ¡Claro que no!  
Quiero seguir viajando por Europa.

Sammy intentó convencerla:

—María, tenemos que hacer nuestros planes, ¿no te parece?

—¿Continúa queriendo dar la vuelta al mundo?

—¿Por qué no lo haces?

Tras una pequeña pausa, María, que había comenzado a desfogarse, propuso:

—¿Por qué no regresas a casa, Sam?



*María, al tiempo que le tendía una mano prometió:  
—No lo olvidaré, Mochas gracias.*

—Es que no encuentro muy divertido el quedarse aquí tanto tiempo.

Este la miró tan sorprendido que no acertó a responder.

—Sí—insistió ella, tratando de razonar aquella sugerencia—. Así te distraes un poco, y luego vuelves a reunirme conmigo...

Sammy cerró los ojos, quizá para no exteriorizar los negros pensamientos que asaltaban su cerebro:

—No—dijo maquinalmente—. No me gustaría volver a casa sin ti.

—Te lo digo porque como veo que no te distraes y estás cansado de Pa-

ris... Lo digo por tí. Si pensara, un poco en mí, no me harías dejar París precisamente ahora, que he hecho tan buenas amistades.

—Yo no creo que sean tan buenas. María le miró iracunda.

—No, no—portó el—. Y te aseguro que no sé lo que ves en ellos... Empezando por Arnold Iselin, que puede que sea todo lo que él dice que es internacional y financieramente, pero desde luego, no le conoce nadie. En cuanto a esa mistress Penoble— Si a tí no te importa que tus amigos cobren comisión por los vestidos que te compras... Y no quiero decirte las deudas que debo estar contrayendo ese joven austriaco, ese tal Kurt.

Al llegar a este punto, María, sin poderse ya reprimir, rebatió con rabia y coraje las argumentaciones de su marido:

—Arnold Iselin es uno de los más famosos financieros que existen, y un distinguido coleccionista de arte. Y en cuanto a Renée—a propósito, es madame Penoble, y no mistress Penoble—, Renée es una señora de mundo y muy distinguida. Referente al harén, puede ser pobre, pero lleva uno de los grandes títulos de Austria. Y todos ellos pertenecen a los más distinguidos Círculos de París.

Socarronamente, Sammy arguyó:

—¿Crees que alguien de los distinguidos Círculos de París acepta-

ría a un par de paletos como nosotros?

La discusión fué elevando el tono cada vez en voz más alta, hasta llegar a la gritería. El, la echó en cara, por primera vez en los veintitrés años de matrimonio, su progenie: a María no debió hacerle mucha gracia que le recordaran que su padre fué un modesto cervecero de Zenith, y a su vez arremetió contra Sammy en denodada defensa de sus amigos. Menos mal que un par de timbrazos, llamándoles al orden, pusieron a escandalizar todo el hotel, cortó de raíz aquella discusión, que era todo un síntoma de que entre María y Sammy se empezaba a resentir la armonía.

Todavía, en voz baja, prosiguieron platicando. Sammy, propuso, como resumen de toda la disputa:

—Vamos a alejarnos de aquí y comenzaré otra vez a hacer algo. Tú vendrás conmigo.

—No voy a ir contigo, Sam—afirmó María, resolutiva.

—¡Sí!—insistió, autoritario, él.

—No voy contigo. Necesitamos separarnos durante algún tiempo.

Ante la tordez de Dodsworth, María, tímidamente, confesó:

—Es que... he alquilado una villa con Renée, para el verano, en Montreaux, en el lago Gineve, en Suiza. Y he firmado ya el contrato.

Sam tornóse serio, y dejando caer las palabras, dijo en tono grave:

—Podías habérmelo dicho.



—Ha sido con mi dinero.

Aquella noticia fué un mazazo propinado ciertamente en la felicidad de aquel hombre, que vivía rabiamente enamorado de su mujer. En un instante, toda la energía de que hiciera go'a momentos antes, desmoronóse. Ante el inminente peligro por que veía atravesar su dicha de tantos años, el hombre rudo convirtiase en niño, y sus trenas en súplicas:

—¡María! ¿No querías separarte de mí?

—Espero que no—pronunció ella, encastillada en su altivez.

—¡Oh, no! ¡María... tú y yo, después de tantos años...! Es igual... no vo'veré a casa... No te preocupes.

Aquel infeliz pasaba por todo con tal de no separarse de la única mujer que había representado algo en su vida.

Sin embargo, su cáliz de amargura no estaba aún apurado. Faltábale

escuchar de labios de ella misma la sentencia fatal de su desgracia.

—Tienes que irte, Sam—propuso le; y al decirlo mostrábase fría e imposible al daño que sus palabras producían.

—Es necesario que te vayas. No puedo continuar soportando esto, y tras una temporada separados, emprendaremos juntos el regreso.

Sammy no dijo nada. Dejose caer sobre el diván y, cubriendo la cara con ambas manos, meditó sobre aquellas palabras de su amada, quien, tratando de justificar tal actitud, siguió hablando. Con ello, no hacía sino ahondar aún más la herida en aquel corazón, de hierro por la lucha, y para el amor, de niño.

Cual movido por resorte, Dedeworth levantóse hacia el teléfono.

—¿Qué vas a hacer, Sam?—preguntó María, ciertamente soliviantada.

—Quiero salir en el primer barco para América.

## VI

Tal como se había concebido el plan, llevóse a cabo, y muy pocos días después de aquella discusión, María salía para su nueva residencia de Montreaux, al tiempo que su marido embarcaba en un puerto francés.

Ni que decir tiene que el verano fué delicioso para ella, y todo lo contrario para él. Huéspedes de honor en la bella finca, fueron Arnold Iselin y el barón de Kurt. Aquél, sin perder ocasión de rendir una fortaleza que se le mostraba inacce-

sible; y el joven, adorándola en silencio y alimentando la llama de su inconfesable amor con la contemplación de María, que a los apasionados ojos de Kurt ganaba día a día en atractivos.

Con la perspectiva ante sí del lago, tan perfectamente navegable, María y sus invitados se hallaban tan a gusto como ante el mar. Las diversiones se sucedieron a lo largo de aquello, tres meses que a Sam, allá en América, se le hacían interminables, esperando tan sólo la fecha acordada para el regreso de María.

Y ella, por su parte, recibió cada asiduamente, por correo, noticias suyas. Estas cartas fueron el único que fortaleció su virtud, tan seriamente amenazada por el cerco de Arnold, quien pudo ver, en cierta ocasión, que María vivía enamorada de su esposo, y, firmemente, dispuesta a serle fiel. Y a partir de aquel momento, ya no insistió.

Sammy, devorada por la impaciencia, vivía mirando el calendario. Y esta añoranza de la esposa ausente proyectábase en su carácter, que tornóse áspero y gruñón. Todo le parecía exasperar, hasta el más pequeño



*Todo le parecía exasperar, hasta el más pequeño detalle para, ipso facto, echar de menos el primor y cuidado de su María.*

detalle, para, ipso facto, echar de menos el primor y cuidado de su María, que ya estaba viendo que resultaba un prodigio.

Como a fin de no quedar solo en aquella casa, tan grande y tan vacía sin ella, llevóse a vivir a su hija y al marido de ésta, Sammy, de cuyo acostumbrado a una independencia salvaje, tuvo en bastantes ocasiones que vivir supeditado a su respetable hijo político, que era de una frescura tal, que la merluza, guardada en uno de sus bolsillos, se conservaba todo un verano. Se le fumaba los pueros, le guardaba el whisky bajo llave, impidiendo convivir a su buen amigo el banquero Tubby... Y todo esto, en su casa.

Cierta día, recibióse por fin, un cable de ella, ese bendito cable que Sam esperaba con tanto anhelo.

Al recibirlo, Sam no estaba solo en casa. A su lado estaban, además de sus hijos, Matey y Tubby, su esposo.

Emilia, la hija, al advertir el demudado semblante de su padre, preguntó, alarmada:

—¿Qué te ocurre? ¿Es que mamá no viene?

Sam lo ocultó, mintiendo. Dijo que aquel cable no era de ella, sino de un amigo de la juventud. Solamente, cuando con un fútil pretexto pudo alejar de allí a sus hijos, estrujó entre sus dedos férreos el papel y confióse a Matey, cuando ésta, muy confidencial, inquirió:

—Sam, ¿qué te ocurre?

El, denunciando en su rostro todo el derrumbamiento moral de que era víctima, respondió:

—Que ella no viene.

—Me lo figuraba—comentó Matey.

—¿Todo parecía tan triste sin ella...!

A instancia de la esposa del banquero, leyó el cable:

—“Quiero pasar unos meses más en Europa. Espero que en casa te encontrarán muy bien.”

—Es una inconsciente—afirmó Matey, a quien no dejaba de doler ver sufrir a tan buen amigo.

—La cablegrafié para que regresase, y no dice una sola palabra de que vaya a su lado.

—Te digo que es una inconsciente—insistió, renaz, la vieja.

—No. No es eso, Matey—rechazó el pobre Sammy, quien todavía tenía fuerzas para disculparla—Está asustada.

—¿María, asustada? ¿Pero de qué?

—De sentirse vieja.

También lo reconoció así Matey.

Hubieron seguido hablando, pero la llegada del inflexible Tubby cortó el diálogo, que prometía ser interesante.

—¿Vas a dejar, Sam, de platicar reservadamente con mi mujer! ¿Eas libertades europeas con mi esposa, no...!

Diez minutos después, definitivamente sólo Sammy, redactó dos cables: uno, para María, anunciándole que embarcaba el próximo miércoles.

les, en el "Aquitania". Y el otro, dirigido a A. B. Hurd, presidente de Coches Dodsworth en París, encargándole que, con la mayor discre-

Sammy, al verse de nuevo, ante ella, tuvo que disimular. Sabía ya que Arnold Iselin, últimamente, no se había ausentado de Biarritz, y



*— Es una inconsciente — afirmó Matsy, a quien no dejaba de doler ver salir a su buen amigo.*

ción, indagara posición, actividades y vida de Arnold Iselin.

\* \* \*

María y Sammy volvieron a reunirse en París, donde precisamente llegó ella momentos antes, procedente de Biarritz; y en el andén de la estación, y sin apenas haber parado el tren, diéronse el primer abrazo.

Esta tranquilidad que tal información le proporcionaba, le había hecho feliz, al saber que Biarritz dista de Montreaux varios cientos de kilómetros.

Subieron al taxi que les conduciría al hotel, y una vez en marcha, Sammy preguntó, obsesionado por una misma idea:

*— ¿Está lejos París de Montreaux?*



—No—respondió, sin aunar de malicia ella. Si vengo desde más lejos: de Biarritz.

Sammy, a pesar de su habitual serenidad, no pudo evitar un ligero estremecimiento, que para María no pasó desapercibido:

—¿Qué te ocurre?

—Nada—respondió él, secamente. Sin conceder mayor importancia al incidente, María preguntó por su hijo, por Matey, por Tubby.

—Cuéntame las novedades que hay.

—Están bien todos.

Ante la aspereza del tono empleado en la respuesta, ella protestó:

—¿No crees que debías darme más detalles? Ten en cuenta que Emilia es hija mía también.

Haciendo un verdadero esfuerzo, Sammy intentó ser un poco más explícito:

—Emilia está contentísima. El matrimonio les ha hecho felices a los dos.

—Me alegro, Sam. Aunque Harry, nuestro yerno, no sea un hombre extraordinario, es un gran chico, y quiere a Emilia.

Una embarazosa pausa se abrió entre ellos. El auto rodaba por calles y avenidas, y el bullicio de París a esa hora, parecía haber más profundo el silencio. Al fin, fué Sammy quien, dominado por la obsesión que tanto le hacía sufrir, apuntó un poco tímidamente:

—¿No te encontrabas muy sola en

Biarritz?

—Nada de eso. Me gusta también estar sola a veces...

¿Qué clase de cinismo era aquél?  
¿Sería posible que en tan poco tiempo hubiera llegado a perfeccionar tanto el arte del disimulo?

Habían llegado al hotel. Dentro del ascensor, María, atenta a la extraña actitud que observaba en su esposo, preguntó:

—¿Por qué miras al reloj continuamente? Nunca te había visto tan nervioso, Sam.

Ella tenía razón. Su marido, a medida que se acercaba el momento cumbre de aquel drama, temblaba ante la sola idea del desenlace.

Habían llegado al piso. Sammy, al penetrar en aquellas habitaciones, las mismas que ocuparon ya anteriormente, afirmó:

—¡Vaya! Esto, ya lo conozco.

María le explicó que, por parecerle las mejores estancias del hotel, había mandado reservadas. Este detalle agradó a Sam, pero no disfrutó mucho tiempo de tal satisfacción. Efectivamente: como viera al mozo que se apostaba a sacar de allí las maletas, que eran de él, preguntó extrañado:

—¡Eh, mira!! ¿A dónde va?

—Va a dejar tus maletas en la otra habitación—respondió María.

—¿Qué habitación?

—Verás—trató de explicarle ella. Es que he creído que vendrías cansado del viaje, y como hace este sa-

lor tan sofocante, reservé las dos alcobas esta vez. ¿No te importa que tengamos habitaciones separadas?

Sammy pareció conformarse con aquella explicación, y no replicó. Después retrepóse en una butaca, y observando a cada paso su reloj de muñeca, se dispuso a esperar.

—No nos quedemos aquí—propuso María—. Vamos a cualquier lugar fresco, a beber algo.

—Cree que estabas cansada.

—¿Que voy a estar cansada!—replicó ella, con el humor algo agrio—. Continúa pendiente del reloj... En realidad, no es muy correcto, creo yo... Si es que mi compañía te aburre tanto, no sé por qué me hiciste abandonar Biarritz, para que viniera a tu encuentro...

—Es que espero una visita—confesó, al fin, Sammy, que supuso llegado el momento de hablar claro.

—¿Cómo? ¿Una visita a estas horas?

Con pasmosa serenidad, Doda-worth fué dejando caer sus palabras lentamente, observando al paso el efecto que ellas causaban en su esposa.

—Te grabé a cierta persona, para que viniera aquí a esta hora. Le esperaré diez minutos: si no viene...

El claxon del teléfono interior le cortó la palabra.

—Aquí está.

Sammy tomó el receptor y... efectivamente: del comptoir le avisaban que cierto caballero preguntaba por él.

—Hágale subir, por favor: que le estoy esperando.

—Próbalo esperar en la otra habitación—sugirió María, al tiempo que se disponía a marchar.

—Quisiera mejor que te quedaras. Pero ella, ajena a la sorpresa que le esperaba, insistió con admirable sinceridad:

—Sabes que tus amigos de negocios no me han divertido nunca.

—No es una amistad de negocios.

—¿Alguien a quien conozco, entonces?—dijo ella con intuitiva curiosidad.

—Sí.

—¿Algún de Zenith?

—Ya verás quién es.

María, ante el misterio de que Sammy rodeaba sus palabras, se alarmó un tanto:

—¿Qué es lo que te propones?

—No te inquietes. Siéntate.

Un discreto repiquetear de muelles en la puerta evidenció que la tan esperada visita estaba ya allí.

—¡Adelante!—gritó Sam.

La puerta se abrió, y en su marco quedó centrada la figura de uno de los caballeros más elegantes de París:

—Buenas noches.

María no pudo, al pronto, corresponder al saludo, porque la sorpresa dejóle boquiabierto: ante ellos, quien se encontraba en ese momento, no era otro que el propio Arnold Iselin en persona.

—Podías habérme'lo avisado—reprochó ella a su marido, dolida y

despechada porque ahora empezó a ver claro y a comprender, en parte, la inexplicable actitud de Sam.

—Nunca fué intención mía el decírtelo—dijo desabrido—. Quería verles a los dos la cara. A solas.

Maria hubiera perdido el tiempo fingiendo.

—Só que estaban los dos en Biarritz.

El rostro de María, inocente como siempre, y que por encima de todo adoraba a su marido, se fué demudando por instantes. ¡Oh! Aquello era demasiado.

—Es la peor injuria que pude recibir en mi vida...

Surgiendo entre ambos el fantasma de unos celos absurdos, la catástrofe se acercaba. Arnold, hombre de mundo y, como tal, con experiencia para justipreciar las cosas en sus proporciones verdaderas, creyó llegado el momento de intervenir, y habló de esta guisa:

—Permítame recordarle, Dodo-worth, que Shakespeare hace terminar mal a su Otelo.

—Sí, pero yo no soy Otelo—replicó, blemático, Sammy.

—Le aseguro a usted—recalcó nuevamente Iselin—, que está usted precipitando las conclusiones.

Al fin, ella, sabió como una leona herida:

—¿Qué pretendes insinuar? ¿Te das cuenta de lo insultante que es-tás?

Pero Sammy, firmemente obcecado, respondió a esas palabras con

otras que podían encerrar una amenaza:

—¿Te das cuenta tú, de lo insultante que puedo estar, como continúas haciendo comedia?

Arnold, que ya no podía ver con calma que se trataba de echar sobre María la responsabilidad de un delito de! que era inocente, trató de hacer volver las cosas al camino de la lógica:

—Si usted, Sammy, quisiera ver el asunto desde un punto de vista normal...

Pero éste, lejos de escucharle, encaráse alzado con su esposa, a quien suponía culpable; y enérgico, preguntó, asiendo de un brazo:

—¿Quieres separarte de mí?

—¿Por qué he de querer separarme? Eres mi esposo, y nunca te di motivo para tal suposición.

—Opino que esta situación es bastante desagradable—estimó Arnold.

—¡Es ridícula!—gimió ella.

La oportuna intervención en concordia de Iselin fué sumamente eficaz, por cuanto quince o veinte minutos después, abandonaba el hotel, donde se quedaba el matrimonio Dodo-worth plenamente reconciliado. El sabor de esta felicidad incomparable colmó la dicha de ambos.

—Estoy arrepentida, Sam... verdaderamente arrepentida. He sido algo irreflexiva...

—Bueno—decía él, acariciándole los cabellos—. Pienso olvidar lo todo. Haz tú igual. Ahora, emprendemos no largo viaje.



—¿Lo que tú digas, Sam... lo que tú digas!

—El Tirol, Italia, donde sea—explicaba él, entusiasmado. Pero volveremos a casa en diciembre.

Esta idea de encerrarse en Zenith en pleno mes de diciembre, a consumir la desesperación del invierno en aquella ciudad tan aburrida, no era muy del agrado de María. Pero su marido apresuróse a explicarle el porqué de la fecha:

—Emilia tendrá un bebé en ese mes.

—¿Emilia! ¡Un bebé! ¡Hija mía! exclamó entusiasmada María, en un arrebato de amor maternal.

—Sí—ratificó él.

—Ya no lo sabía.

—Emilia quiso darme el gusto de que te lo dijera yo mismo.

La alegría de la noticia trastornó a María en tales proporciones, que en un momento pensó hacer mil cosas distintas a la vez: poner un cable, hablar con Emilia por teléfono, escribir... todo menos tomar el primer barco para América y situarse al lado de su hija...

Sammy, en tono festivo, porque de verdad se notaba contento, bromeó:

—Tenemos que aprender a comportarnos bien, porque pronto seremos un par de abuelitos.

## VII

Pasó noviembre; y ya bien entrada el último mes del año, Emilia alumbró al mundo un robusto niño.

Sammy Dodsworth podía estar contento, porque de allí en adelante tendría un nuevo ser en quien adorar.

La noticia del parto la recibieron María y Sammy pocos días, muy pocos, después de llegar a Viena.

Resultaba curioso el complejo de María en lo referente a su nieto. Por una parte, la noticia de la venida al mundo de aquel infante la colmaba de una alegría lógica y humana. Y por otro lado, la consideración de saberse ya abuela, cortaba muy de raíz su tema acerca de la segunda juventud. Ella se admitía joven aún, y en condiciones de lucirse todavía, levantando a su paso oleadas de admiración; pero la presencia inoportuna de aquel muñeco en el mundo, echaba por tierra todos sus planes de aparentar una edad que el hecho de saberse abuela disminuiría rotundamente. Era una nueva amargura, que cual dolencia crónica, tendría que conllevar toda la vida, porque todavía consideraba muy lejano el día de vestirse de abuela, con esa avara sencillez y tonos oscuros que la edad reclama para los cabellos blancos.

Y en Viena, como anteriormente en París, esta mujer buena, pero cuya irrefrenable coquetería podría llevarla muy lejos, sólo ocupóse de aspirar, frenética, el perfume de una juventud que se le escapaba. Y Sam, cada vez más enamorado, la seguía a todos los sitios que se propuso visitar, sin más voluntad que la



de ella, ni más aspiración que verla feliz.

Comprensivo, habíase percatado de que María era buena, fiel y que le quería. Únicamente aquella debilidad, por otra parte tan femenina, era

de estos establecimientos, y procuraban hacer de ellos una posible prolongación del hogar.

El aburrimiento empezaba a pesar sobre ellos, especialmente en María, cuya ansiedad por apagar



*...ya bien entrada el último mes del año, Emilia alumbró al mundo un robusto niño.*

el solo lunar que podía empañar la felicidad matrimonial de Sammy.

\* \* \*

Un día...

Habían conc'uido de almorzar en la paz y tranquilidad de aquellas habitaciones que se hacían reservar en todos los hoteles. Ni María ni Sammy gustaban de la vida standard

aquella juventud que declinaba, ofrecía recio contraste con la apatib'idad de su marido. Muy poco, o casi nada, se habían dicho durante el almuerzo; parecía como si el tono gris de aquel día de crudo invierno vienés, pesase también sobre el espíritu de ambos.

Sammy, de quien sabemos que se

lo por no contrariar a su esposa, no cedió a prolongar la excursión por Europa, subrellevaba con ejemplar corrección aquel sacrificio, fuese hacia el teléfono.

—¿A quién llamas?—preguntó María.

—Quiero decirle algo a Emilia.

—Pero si la has enviado un cable esta mañana.

—No importa. Quiero oír su voz, y... saber cómo ha pasado la noche el niño.

—Ahora, no hay tiempo. ¡Esas conferencias tardan tanto tiempo en dárseles...!

Al decir esto, María no pudo ocultar cierto desasosiego. Era sintomático que desde el advenimiento del pequeño Dodsworth, el abismo que separaba a Sam de su esposa se hiciera más profundo. Ella no podía hacerse a la idea de considerarse abuela, que tan mal compaginaba con su afán de prolongar una juventud que había llegado a su ocaso. En cambio, para Sam, el nacimiento de aquel nuevo ser, en quien veía su propia continuación, infundíale alicientes de nueva vida. Deseando vivamente regresar a su casa, ahora su afán era alimentado con este doble motivo. ¡Ah, si ella, dando al traste con ese falso oropel del mundo en que se movía hubiera deseado también dar por terminado aquel viaje absurdo...! Pero la vanidad de ella no dejaba lugar en su corazón a otro sentimiento que no fuera el

egoísmo de su soberbia femenina al verse todavía agasajado.

—Kurt vendrá en seguida—inició María, siempre en apoyo de su opinión, viendo que, a pesar de todo, Sam había pedido la conferencia.

Para Sam, ni el barón, ni el mundo entero, tenían importancia ante su niño, y quizá debido a esto, el tono de sus palabras fuese demasiado seco.

Altamente contrariada, María, sin disimulo, insistió:

—No quiero que Kurt esté aquí mientras le decimos tonterías a Emilia.

Suavizando el tono, prosiguió:

—Ya sé lo entusiasmado que estás con el nacimiento del bebé... yo también lo estoy... pero todas las que nos conocen aquí creen que soy un joven, y en realidad lo soy. Yo era una niña cuando te casaste conmigo.

Unos discretos golpes dados en la puerta cortaron la relación. Alguien llegaba.

—Adelante—dijo Sam.

El joven barón de Kurt entró, desahuciándose en saludos. En su mano llevaba un pequeño paquete, que apresuró a entregar a Sam.

—Buenas noches. Le he traído una caja de verdaderos cigarrillos habanos.

—¡Oh! Muy amable. Kurt—agradeció el viejo, haciéndose cargo del regalo.

—Han pasado sin pagar aduana.

Kurt, que inexplicablemente les había acompañado desde París a Viena, exigíase desde el primer día en guía del matrimonio, echando sobre sí la tarea de enseñarles la capital austriaca, que conocía bien a fondo.

—Esta noche les llevaré a un restaurante muy divertida, donde se come muy bien. Y luego bailaremos.

Sam, que prefería aguardar la conferencia con su hija, declinó la invitación:

—Yo creo... Será mejor que vayan ustedes sin mí.

—No, Sam. Debe venir usted con nosotros.

—No me distrae estar sentado

viendo's bailar toda la noche a ustedes dos.

Dudsworth, atento al deseo de su esposa de no comunicar a nadie la buena nueva de que eran abuelos desde hacía unos días, prefirió disimular con otro cualquier pretexto.

—Esta noche no haría sino aguardar la fiesta. La verdad es que he recibido noticias importantes de mi casa, hoy...

—¿Sí? ¿Noticias? — preguntó el barón, vivamente interesado.

—¿Sam? —gritó María, que estaba viendo ya a su esposo explicar oé por hé lo del nieto.

Pero no había cuidado. Sammy Dudsworth era discreto y, además,



—Esta noche no haría sino aguardar la fiesta. La verdad es que he recibido noticias importantes de mi casa.

quería demasiado a su mujer para proporcionarle el mayor disgusto de su vida.

El barón insistió todavía, pero nada pudo conseguir. En vista de ello,

desistieron él y María de la compañía de Sammy, y saldrían aquella noche, por vez primera, privados del concurso del viejo.

### VIII

De madrugada ya, regresaron María y Kurt al hotel. ¡Oh! ¡Aquella noche había sido memorable en la historia de ella! ¡Se había divertido tanto! Y luego, el joven barón de Kurt resultaba un hombre tan interesante...

Tan interesante, que, lejos de lanzarse a fondo desde el primer momento en la conquista de tan bien defendida fortaleza, limitóse a contemplar, en casi amoroso éxtasis, a aquella mujer que, contra viento y marea, se le había metido en el corazón. Si Kurt reconociese profundamente enamorado de María, con una pasión imposible, porque él adoraba en ella a esposa que deseara, y no la amante. Y en esto radicaba todo el imposible, porque María ya estaba casada. De otro lado, Sammy era un excelente amigo.

Kurt había pensado mucho en todo esto. Su amor hacia María esta-

ba erizado de dificultades, y en voluntad quería vencerlas.

Por fin, la nacionalidad de ella vino a dar la solución. ¿No eran, tanto ella como su marido, súbditos de un país esforzado paladín de ese fácil "deshacer nudos conyugales", que se denomina divorcio? Pues si María estaba prendida en los tentáculos de esta misma, ella sería la más indicada para allanar el camino, divorciándose de su marido, para después casarse con él.

Kurt, después de tan feliz hallazgo, felicitóse in niente de la vigencia del divorcio; él, europeo y aristócrata de abolengo rancio, enemigo por tradición de esa ley que desformalizaba la institución del matrimonio, teniendo que agradecerle, en muy buena parte, su felicidad... A veces, el Destino tenía unas cosas... que ni "La Codorniz"...

El barón no quiso separarse de



María hasta no dejarla en la misma puerta de sus habitaciones del hotel. Y fué allí mismo, en dilatada despedida, donde al estazón de Kurt quedóse al descubierto en un raptó de arrebatadora sinceridad, que subyugó a la misma María.

—Sé. Ahora caía en la cuenta ella de que el joven barón de Kurt estaba plenamente enamorado.

—Pero es inútil—le advirtió.

—Tiene usted razón—hubo de reconocer él. Está usted casada con Sam, que es mi amigo. No puedo pedirle que sea mi esposa. ¿Si fuese libre...!

Despidiéronse al fin. En el cerebro de ella, quedaron flotando las últimas palabras de Kurt: "¿Si fuese libre...!"

Cuando María comenzaba a desatarse, apareció ante ella Sammy, que aún no se había acostado.

—Lamento haberte despertado—dijo ella, por decir algo.

El ceño de Sam no era nada tranquilizador, y a simple vista podía adivinársele el disgusto:

—Es muy tarde. No es que me importe que estés con Kurt fuera, hasta tan tarde...

—¿Qué es lo que quieres, entonces?—gritó María en forma extemporánea.

—¿Hemos llegado a ese extremo, Sam?

Desabrida, ella contestó:

—No quiero discutir. Estoy muy

canzada y no quiero discutir esta noche.

Pero Sam no se conformaba con esto:

—Si hemos llegado hasta ese extremo—dijo con energía—, es mejor que todo termine aquí. Sabes que he hecho lo necesario para hacerte feliz. Te quiero aún, y tú no lo ignoras... pero si deseas que continúe junto a ti, según dijiste cuando volví a París, piensa que ahora soy yo quien dice que si quieres que continuemos juntos, es preciso que nos volvamos en seguida a casa, que es donde debemos estar.

—Y ¿así crees que vas a hacerme feliz? Nunca me comprendiste... Ni a que quería, ni lo que pensaba, ni los sacrificios que he hecho...

—¡Cuidado, María!—advirtió él.

—Pienso luchar por mi felicidad, y no podrías impedírmelo.

—¿María!—gritó Sam—. ¿Es que quieres divorciarte?

—Sí. Creo que sería lo mejor.

Aquello era un mazazo que brutal descargaba sobre el cerebro de aquel hombre, que, a pesar de todo, la quería. Por un momento, no supo qué decir ni qué hacer, si indignarse, quedarse quieto, chillar...

Al fin, tras grandes esfuerzos, logró serenarse y, con voz queda, acertó a decir:

—Quisiera que lo aplazaras durante un par de meses.

—¿Por qué?

—Puedes que estés segura de tu decisión.

—Sam, sé que te costará bastante trabajo, pero ya es inútil continuar juntos. Estoy convencida de ello.

—Tendré que hacerme a esta idea. No creo que sea difícil.

El tono de estas últimas palabras de Sammy resonaban amargura. Amargo era su destino, y amargo el cáliz que le hacía apurar aquel inagotable cariño que sentía hacia su mujer.

IX

Tal como habían últimamente convenido, Sammy Dodsworth y su mujer separáronse amistosamente durante un mes. Dichos treinta días serían suficientes para probar la eficacia de esta separación; y al final de los cuales, o bien María había de volver al lado de su marido, para siempre, en Zenith, o, de lo contrario, la susodicha separación se elevaría, de provisional a definitiva, previos los trámites del divorcio.

Sammy, siempre bajo los efectos de su infortunio, probó a distraerse, y a tal efecto, buscó en los viajes lenitivo a su obsesa preocupación. Recorrió ciudades y más ciudades, visitó museos, templos, ruinas históricas... y nada contribuyó ni en parte a librarle por un momento del recuerdo de María.

Cierta día, en Nápoles, donde había recalado como un autómatas, so-

licitó, en una agencia de viajes, un coche para visitar monumentos. Quiso la casualidad que a aquella hora acodiera al mismo lugar la viuda Edith Cortright, a quien ya conocemos.

—¡Señor Dodsworth! — exclamó viendo hacia su antiguo amigo—. ¿Se acuerda usted de mí?

Naturalmente que recordaba. Sammy alegróse mucho con el encuentro, porque Edith era una de las pocas personas con quien simpatizó.

—¿Quiere que nos sentemos? — propúsole ella—. ¿Tiene usted tiempo?

—Pero si el tiempo, por ahora, es lo único que me sobra—repuso él, accediendo al deseo de Edith.

—Dígame, ¿cómo está la señora Dodsworth? La recuerdo siempre con mucho cariño.

—Pues... está bien—dijo Sam, son-

layando un tanto el hablar de María. No—no quiso hacer este viaje.

Pero a Edith no se le escapó algo raro que estaba advirtiéndole en Sammy, y que denotaba que al decir

Todos los museos son iguales, y también las agencias de viajes son iguales.

Ante aquel modo de expresarse Sammy, Edith, ya plenamente convencida de que alguna honda trage-



*Quizá haya hecho bien. Muchos viajan por conseguir librarse de sí mismos.*

aquella no hablaba con sinceridad.

—Quizá haya hecho bien. Muchos viajan para conseguir librarse de sí mismos.

El viejo Sammy replicó a estas palabras:

—Pues yo viajo hace un mes casi, y estoy contento de saber por qué.

—¿Solo?—inquirió curiosa su interlocutora, sin reprimir la curiosidad.

—Ya empiezo a acostumbrarme.

dia conturbaba el ánimo de tan excelente amigo, varió un poco el tema:

—Pero usted sabía que yo vivía aquí. Podía haberme hecho una visita.

Sammy sonrió un tanto amargamente:

—Verá: es que no estoy de humor para visitar a nadie.

—¿Y sus estudios? ¿Cómo andan?

—Ya los he abandonado. En cuanto vi que aprendía cosas que no quería aprender.

En este momento, un empleado se acercó a Sammy y, respetuoso, le hizo saber que el coche que había solicitado, le aguardaba ya en la puerta.

—Venga a ahogarse a casa—sugirió Edith.

—¿Cuándo?

—Cuando quiera.

—¿Hoy?

—Sí. ¿Por qué no?

—Mi querida señora Cortright—, alabó entusiasmado Dodswoth—, aunque no fuere usted... aunque hubiese sido cualquier otra persona, me encantaría tener alguien con quien hablar. Llevo tres semanas que, exceptuando lo indispensable con chóferes y camareros, no hablo algunos días ni cinco palabras.

Edith miróle con decidida simpatía:

—No quisiera ser indiscreta, pero casi adivino lo que le ocurre.

Sammy, decidido a explayarse con alguien, para con ello aliviar el peso de aquel infortunio, que le abrumaba, terminó por decir:

—Es la historia de siempre, ¿no? Mi esposa aún se siente joven, llena de vida... Ya sé que no debería contarle a nadie. Nunca lo había hecho hasta hoy.

—No ha dicho usted nada que no debiera decir—tranquilizóle ella.

—Y ¿va a continuar viajando siempre?—añadió.

Sammy, con sincera ingenuidad, expresó así:

—Ahora debo quedarme aquí cerca, para el divorcio.

—¿Dónde será?

—En Viena.

Habían llegado a la calle. Ante ellos, y esperando al borde de la acera, estaba el auto que había pedido Sammy.

—Vámonos, ¿quiere?—propuso Edith, subiendo al coche.

Dodswoth la imitó.

—Será mejor que uschen su coche para ir de compra—volvió a aconsejar ella—. Creo que le irá mejor que visitar templos.

Allí mismo se confeccionó el menú para el almuerzo de dos horas después. Y como la base de aquel guiso americano que ambos habían acordado eran las almejas, convinieron en que la primera compra a efectuar, sería el de aquéllas.

—¿A Paestum?—preguntó el chófer desde el baquet y volviéndose ligeramente.

—No, no—dijeron casi a coro los ocupantes del vehículo—. ¿A la precodería!

Medio hora después, Sammy disponíase a imular las glorias del mejor cocinero del mundo, en la confección de aquel plato netamente americano, en que no admitió ayuda de nadie. Y al tiempo que se pose-



siempre de la cocina, iba haciéndolo en lenguas y alabando aún rebozo la excelencia de aquella residencia de la señora Curtrigh.

Situado en un pequeño islote, aquel hotel ofrecía el conjunto más pintoresco que imaginarse pueda. Sammy envidió, por un momento, la forma de vida de su amiga, recluida en aquel paraíso en miniatura, y ello dio pie para que ella le ofreciera un precioso asilo en aquel edén.

Muy agradecido, señora Curtrigh; es muy amable, pero... no sé si haría bien.

Ella le paró: y un poco antes de que el guiso estuviera en sazón, ya contaba Edith con la seguridad de que su buen amigo Sammy Dode-worth pasaría en la buca todos los días que faltaban para subsanarse el divorcio, o para, en su defecto, restituirse junto a la esposa amada.

## X

Aquella tarde invernal, en que las calles, desiertas por el frío, se charolaban en mortecinos reflejos grises del crepúsculo, Viena ofrecía un aspecto desolador.

Maria, que a raíz de quedar sola, habíase recluido en un pisito coquetón, amueblado con cierto lujo, aguardaba impaciente aquella tarde, cierta visita que para la felicidad que soñaba, tenía bastante importancia. Se trataba de la baronesa, madre de Kurt, con el que había proyectado contraer matrimonio, una vez tramitado su divorcio.

Nerviosa, había preparado Maria a su futura suegra un recibimiento que aspiraba a ser cordial. Claro que como en Europa se vive más al

tanto de todas estas cosas, ella no sabía si pecaría por excesivo o por defecto.

Cuando el timbre de la puerta se cundió la calma de la casa, vibrando en aquel silencio sepulcral, y Maria, hondamente emocionada, le dio un vuelco el corazón.

Abrió la puerta, y entonces pudo ver, al otro lado de ella, la venerable figura de una anciana toda vestida de negro, y que apoyaba en aristocráticas majestades sobre un bastón. Tras ella, y destacando por su imponente estatura, estaba su hijo, que la acompañaba.

—¿Cómo está usted, baronesa? Lo agradezco mucho que haya venido— dijo Maria, sin disimular su alegría.

—Mucho gusto en conocerla,—fue la única que habló la baronesa, en tono seco y tajante.

María, sumamente amable, la hizo tomar asiento en un sillón.

—Permítame ofrecerle una taza de café. Le he preparado café con crema. Kurt me ha enseñado muchas costumbres vienesas.

No, gracias—rechazó la anciana, con el tono desabrido de antes.

Lo ofreció a Kurt; y Kurt tampoco quiso tomar café. En vista de lo cual, ella también lo rechazó.

Un embarazoso silencio se abrió entre las tres personas allí concurridas. María fue quien primero rompió.

—Pareces azorado, Kurt. En realidad, soy yo quien debiera estarlo, pero no lo estoy lo más mínimo. Quiero a tu madre, y espero que ella llegue a quererme.

El silencio volvió a imperar. Al fin, Kurt, haciendo un sobrehumano esfuerzo, arrebató a hablar:

—María... mi madre opina que debiéramos aplazar nuestra boda.

Aquella, al oír esta, quedóse absorta. Pero su extrañeza llegó al límite, cuando escuchó a la vieja, que sin perder un ápice la gravedad aristocrática con que se estaba manifestando, remachó el clavo con estas palabras:

—No, Kurt. Yo no he dicho que debas aplazar la boda. Acabo de venir de nuestra casa en la aldea, hace pocas horas... No he tenido

mucho tiempo de hablar con Kurt, pero supongo que me habrá hecho comprender cuando ha solicitado mi permiso para casarse.

—¿Que Kurt ha solicitado su permiso para casarse?—preguntó María, intrigadísima ante lo que estaba descubriendo.

—Y lo lamento, señora. No puedo darlo.

La sequedad del tono y la rotundidad de lo afirmado no dejaban lugar a dudas. ¿Era posible aquel deseo? María, digna y ofendida, volvióse hacia su prometido:

—Podías haberme dicho que no eres dueño de tus actos.

—Es que quería que te viese—disculpóse Kurt—abochornado y contrito... Creo que cuando te conociera, cambiaría de opinión.

—Creo que te has equivocado—repuso, confundiéndose con la mirada. Luego, encarándose con la anciana, habló así:

—Ya que ha sido tan sincera, espero que me diga lo que tiene contra mí. Quiero a su hijo y debo decirle que creo ser una buena persona.

La baronesa, pesando las palabras, arguyó:

—Es que el matrimonio es indisoluble, señora Dedsworth. Y usted va a divorciarse.

—Pero eso no tiene importancia—dedujo María.

—La tiene; y mucha, señora.

—Respeto sus sentimientos, pero

— trata de la felicidad de su hijo... y de la suya, baronesa. No debiera decirle yo, pero es un argumento y le ruego que me permita usarlo. Soy una persona de considerables medios de fortuna... suficientes para vivir nosotros tres, aquí, en Austria. ¿Comprende usted, señora baronesa?

— Sí. Desde luego—reconoció la anciana—. Entiendo. No niego que desde la guerra, somos un tanto pobres, y que su influencia monetaria nos beneficiaría mucho. Pero, aunque por la cuestión religiosa su matrimonio actual es indisoluble...

—¿Existe otra causa?—atajó María.

La baronesa, antes de contestar complacientemente a esta pregunta, rogó a su hijo que se ausentara unos instantes. Cuando quedó a solas con ella, continuó:

—Existe la cuestión de los hijos, también.

—¿Hijos?

—Rico o pobre, Kurt ha de tener hijos que perpetúen su nombre. Y los de esta unión serían siempre ilegítimos.

—Y ¿por qué habrían de ser ilegítimos?

—No admite el divorcio nuestra religión. ¿Lo sabía usted? Y por eso no puedo permitir esa unión, que sería ilegal.

María, que no apreciaba tan justas razones, insistió con desesperación:

—Pero con hijos o sin ellos, Kurt y yo nos amamos. No sé por qué hay que esperar su permiso. La mejor, será casarnos y ser felices.

La anciana, imperturbable, replicó:

—Yo no sé el poder que tiene usted sobre Kurt; pero yo, en su lugar, pensaría en mi felicidad. Sería la más sensato.

En un gesto de rebeldía, la Dowdworth se revolvió:

—Es que estoy pensando en mi felicidad.

Dejando caer lentamente ahora sus palabras, la baronesa resumió:

—¿Ha pensado usted en la cortina de la felicidad que puede esperar la anciana esposa de un marido joven?

Ante aquel criterio, que era la mayor ofensa que podía inferirle, María, indignada, dió por terminada la entrevista.

Kurt—llamó en voz alta—. Tu madre se va.

—Sí. No creo que haya nada más que decir—estimo la anciana, poniéndose en pie.

Kurt entró de nuevo en la habitación con la ansiedad deshecha en el semblante:

—¿Qué ha ocurrido, mamá?

La baronesa, tan fríamente como había llegado, se despidió. Al traspasar los umbrales de aquella puerta, el hijo intentó salir tras ella.

—¡Kurt!—llamó en un grito María.

Pero éste, sin volverse, exclamó:



—Dubo un respeto a mi madre. Nos casaremos más tarde. Aplazemos la boda hasta que logre convencerla.

—¡Kurt!—volvió a llamar ella.

—Querida, te quiero mucho, pero... es mi madre y está esperando... Adiós.

Y en dos zancadas, también, aban-

donó la habitación, yendo a reunirse con la anciana, que ya principia-  
ba a bajar la escalera.

En el centro de la habitación quedaba María, soberbiamente herida en su vanidad de mujer. El desprecio aquel tampoco la hizo llorar, porque su soberbia era infinita.

## XI

Sammy Dodsworth, a los quince días de estancia en la finca de Edith

Cortrigh, era otro. Volvió a su rostro la alegría y a su espíritu la tran-



*Navegó en pequeñas embarcaciones de vela, a las que por afición leé acoplado motores de gasolina.*



quilidad. Aquella temporada de descanso en aquel paraíso, le sirvió a las mil maravillas. Navegó en pequeñas embarcaciones de vela, a las que por afición fue acoplando motores de gasolina, más a tono con la civilización. Practicó la pesca, su deporte favorito, y aún le sobró tiempo para pensar en futuras empresas y negocios, teniendo ahora como norte de su nueva existencia, a aquella mujer, aquella santa que era Edith, viuda y sola, y que merecía una probada experiencia, sabiduría y virtudes de aquel hombre bueno.

Y una mañana, en que sobre el mapa Sammy y su buena amiga estudiaban las posibilidades de instalación de nuevas líneas aéreas, en presa que a Dodsworth tenía entusiasmado, vino Teresa, la doncella, a avisarle que, por teléfono, le llamaban desde Viena.

—¿Viena?—exclamó Sam, levantando la vista del mapa.

Cuando cayó en la cuenta de que era María quien le llamaba, corrió hasta el aparato.

Dos minutos después, cuando regresó junto a Edith, Sammy Dodsworth traía en el semblante reflejo



—¡Oh! ¡Qué agradable es ir a cualquier sitio, después de tantas semanas...!

da esa preocupación que parecía haberse disipado para siempre, y que ahora, al solo anuncio del regreso de su mujer, volvía a invadirle.

—No ha pedido el divorcio. Se va a casa con el "Rex", que saldrá mañana de Capri. He de ir con ella.

—No debe hacerlo — reprochó seria Edith.

—Es mi esposa.

—Y ¿va usted a someterse de nuevo a su egoísmo?

—Sea comprensiva, Edith. Sufriría tanto con lo que dirán nuestras amistades...

Pero su amiga defendía con tesón la paz espiritual que tan sabiamente había alcanzado Sam, allí, al lado de ella:

—¿No se da cuenta de que no le quiere? Usted era feliz ahora, y con su esposa volverá a ser desgraciado.

—Lo sé—hubo de reconocer Sam.

—Una sola palabra de ella, y lo deja usted todo abandonado: su vida, su pesca, sus planes...

—No. Quizá no lo abandone todo. Mi obligación es protegerla. Después de veinte años, las costumbres de un hombre adquieren mucha fuerza. Lo único que me duele es dejarle a usted sola.

\* \* \*

Veinticuatro horas después, el trasatlántico que había zarpado del puerto al atardecer, rasgaba aquella maravillosa puesta de sol. Sobre cubierta, y cara a la costa, que el barco bordeaba muy de cerca, María y Sammy, en plena reconciliación, saboreaban muy juntos aquel poético declinar del día con que el astro rey se despedía hasta la mañana siguiente, yéndose despacito, cual de puntillas, a esconder su careta de oro y fuego, brindándoles a poetas y pintores la magnificencia del espectáculo más sublime que es dable contemplar a humanos ojos.

—¡Oh! ¡Qué agradable es ir a cualquier sitio, después de tantas semanas...! Y ¿sabe que no resultaba tan mal ir a casa? ¡Ah! No te puedes imaginar cómo me aburría en Viena...

María, después de estas palabras, apretóse contra su marido, y así, muy juntos, contemplaron, durante largo rato, cómo el sol se iba sumergiendo despacio en el horizonte.

A la misma hora, muy lejos de allí, Edith, apoyada en el marco del portón de entrada, miraba a lo lejos un punto negro: era el barco donde iban Sammy y su mujer.

Un barco cargado de ilusiones que ya no retornarían jamás.

FIN

# STEWART

## (JAMES)

Nació en Indiana (Pensilvania, Estados Unidos de América), el 20 de marzo de 1908. Su padre era dueño de una pequeña tienda de quincallería. Hizo sus primeros estudios en una escuela pública de Indiana, y a los dieciséis años ingresó en la escuela Preparatoria de Mercsburg, con el propósito de pasar, más tarde, a la Universidad de Princeton. Al segundo año de su estancia en Mercsburg, tras sus primeras actuaciones como actor en una representación de aficionados. A los veintitrés años salió de la Universidad de Princeton con un llamativo título de argumiento. Pero los comentarios se preocuparon éllole, coincidiendo con la depresión económica del país, en lo que el padre de James fue una de tantas víctimas. En estas circunstancias se unió a la compañía de "Actores Universitarios", que iban a dar una serie de representaciones en Filadelfia. Tempranamente, estas funciones, marchó a la universidad de Nueva York. Tuvo suerte al poco tiempo se destacaba en las actuaciones. Permaneció cinco años en diversas compañías teatrales, y en 1935 se le ofreció por la Metro-Goldwyn-Mayer un contrato cinematográfico. Su primer film de categoría estelar fue *El séptimo cielo* (versión parlante), hecho con la Fox. En 1940 ganó el premio de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood a la mejor interpretación masculina del año, por su labor en *The Philadelphia Story*.

Estatura: 1,90. Ojos grises. Cabello negro.



### PRINCIPALES PELÍCULAS

*Rose Marie*, W. S. Van Dyke. *La zona que avisa* (*The Murder man*), Tim Whelan. *Como esposa y secretaria* (*Wife versus secretary*), Clarence Brown. *El séptimo cielo* (*Seventh Heaven*), Henry King. *Nacido para la danza* (*Born to dance*), Ray del Ruiz. *El ángel negro* (*The shadowy angel*), H. C. Potter. *Cuando volvamos a vernos* (*Not that my love*), Edward H. Griffith. *Cadetes del mar* (*Navy blue and gold*), Sara Wood. *Ella, él y Ana* (*After the Thin Man*), W. S. Van Dyke. *Vive como quieras* (*You can't take it with you*), Frank Capra. *Arribas femeninas* (*Van into lady*), George Stevens. *Arizona* (*Destry rides again*), George Marshall. *El oro de ven* (*For a gold*), idem. *The Philadelphia Story*, George Cukor. *Mr. Smith goes to Washington*, Frank Capra. *Ziegfeld Girl*, Robert Z. Leonard.

## CURIOSIDADES CINEMATOGRAFICAS

Conchita Montenegro, no hará películas por ahora. Sin decirlo ha hecho un mentís que debe de ser breve en beneficio de la cinematografía española.

hora de París". En esta película le acompaña, Maurren O'Hara, y su director ha sido William Dieterle.

¿Usted no sabe que Raúl Cancio además de galán de primer orden, es violinista, pianista, saxofonista, y que vivió en un tiempo en Buenavista (Oviedo)?

"Dos mujeres y un amor", es el título de la película de Carole Lombard y Gary Grant que admiraremos muy pronto. El director de este formidable film ha sido John Cromwell.

Charles Laughton, el inimitable actor inglés, reaparecerá esta temporada en las pantallas españolas con "Bandera Amarilla" un film dirigido por Walter Forde; y en "Esmeralda Zingara", película basada en la novela de Victor Hugo, "Nuestra Se-

George Arliss, el actor que popularizó "El Duque de Hierro" y "La familia Rostelvide", es el protagonista de "Primer Ministros", versión cinematográfica de los hechos más sobresalientes de Disraeli, el inmortal político inglés.



# CONSULTORIO CINEMATOGRAFICO

*"Rockin'-Camera".* Cargio del Tajo (Toluca).—Raul Cancio está casado y es padre además, de un precioso bebé que será el día de mañana mejor actor que su padre, que ya va a nacer.

El protagonista de "La Diligencia" es John Wayne.

Los protagonistas de esa película a que alude, creemos, sin afirmarlo ni mucho menos, que han dejado abandonadas sus relaciones amorosas.

José María Piqueras. Acered (Zaragoza). Creo que más de una vez hemos contestado ya a esa pregunta que usted formula, no obstante vamos a responderla una vez más.

Para ser "Artista de Cine" lo primero que hace falta, es valer; y luego tener ocasión de demostrarlo que es lo difícil. Ahora bien, es muy conveniente antes que entre ratos en uno, el deseo de ser actor de cine, conocer un poco la manera como se hacen las películas, ver como se realizan esos films que luego desde la butaca, el espectador juzga a veces tan frívolamente; observar lo duro e ingrato que resulta para un artista, el sostener el tipo a lo largo de 2,700 metros que tiene la cinta, teniendo en cuenta que el periodo de realización du-

ra de dos a tres meses; que las escenas se hacen en diversas etapas, y que ante uno no hay público, es cierto, pero hay un caballero que es el director que se muestra siempre más exigente que los espectadores; y corrige, ríe, se enfada... todo lo cual ha de ser ensoñado por el actor, sin imitarse, ni ponerse nervioso. En fin, no es oro todo lo que reluce. Le prometo en carta aparte contestarle más ampliamente.

Tina Medero. Madrid.—Tina Montero es soltera, aunque no sabemos por cuanto tiempo, por que el director de películas más pequeño del mundillo cinematográfico, bebe los vientos por la inapereble creadora de la "Gabriela" del "El Escudador". Por ello sería el asusado director que no es otro que José H. Gán, cuando vió el título del film de Mattarazzo, "Empero en boda", que se le habían pisado a él. Aunque lo de Gán puede mejor ser "Acabó en boda".

CUPON  
PARA EL  
BUZON DE CONSULTAS

# Números publicados de la NOVELA-CINE

Nº.

TÍTULO

INTERPRETES

- 1 La muchacha de Moscú.....
- 2 Es un periodista.....
- 3 Roda en el infierno.....
- 4 Ángel.....
- 5 Gestición.....
- 6 La aldea maldita.....
- 7 La coconotte en París.....
- 8 El frente de los empujos.....
- 9 Tráfico en diamantes.....
- 10 Si yo fuera rey.....
- 11 Correo de Indios.....
- 12 La octava mujer de Barba Azul.....
- 13 Ierrija.....
- 14 El prisionero de Zenda.....
- 15 Madrid de mis sueños.....
- 16 Medianoche.....
- 17 El misterioso Doctor Gastón.....
- 18 Mando y mando.....
- 19 Amas en el mar.....
- 20 Paraiso para dos.....
- Extraordinaria. Alfredo Mayo.....
- 21 Al servicio del deber.....
- 22 Idilio en Mallorca.....
- 23 Un hombre en París.....
- 24 La catavina del Oeste.....
- 25 Cuatro misterios.....
- 26 Desde el mar al cielo.....
- 27 Cincuenta y cinco vidas de élite.....
- 28 Castillo de naipes.....
- 29 Semanas nostálgicas.....
- 30 Delante del río.....
- 31 Recuerdo de una noche.....
- 32 El caso de la señorita asesina.....
- 33 Sentencia anónima.....
- Catalina Montre-Angela Nazzafe
- Betty K. Barnes-Valerie Hobson
- Cineceta Montemonte-José Nieto
- Muriel Dietrich-Melba Douglas
- Imperio Argentina-Rafael Rivellet
- Florencia Tucumer-Julio Rey de la Haza
- Claudette Colbert-Melba Douglas
- Antoñita Coconé-Alfredo Mayo
- Ira Miranda-George Brent
- Ronald Colman-Madeleine Carroll
- Cineceta Montre-Julio Peña
- Claudette Colbert-Gary Cooper
- Rosita de Silos-Julio Peña
- Ronald Colman-Madeleine Carroll
- Maria Mercader-Roberto Rey
- Claudette Colbert-Don Ameche
- Edward Ginnelli-Robert Wilcox
- Clare Trevor-John Wayne
- Frances Dee-Gary Cooper
- Patricia Ellis-Jack Hubbard
- Biografía
- Jane Wier-Chester Morris
- Antoñita Coconé-José Nieto
- Valerie Hobson-Betty K. Barnes
- Anna Louise-Chester Morris
- Ben Linn-Syd Waller
- Dorothea Lewis-James Ellison
- Carlos Fernández Cuenca
- Rosita de Silos-Rafael Rivellet
- Cary Grant-Lena Horne
- Theresa Donohue-Ronald Long
- Barbara Stanwyck-Fred Mc Murray
- Marilyn George-Pendelope Dudley
- Sandra Holt-Wally Lawton

32	Bela-suegra...	Margaret Lockwood y Francis Carr.
33	Se vende un polaco...	Mary Santamaría-José Nieto.
36	Idolo...	Cecilia Montenegro-Isaac Merlo.
37	La boda de Quinta Flores...	Leahy-Soto-Rafael Durán.
38	Una familia imposible...	María Merodio-Arnaudo Falconi.
39	Café de París...	Conchita Montes-José Nieto.
40	Luz de gas...	Diana Wynyard-Antón Wallend.
41	Buffalo Bill...	Gary Cooper-Jean Arthur.
42	El Abanderado...	Mercedes Vezins-José Nieto.
43	Se arañó la música...	Jerry Durane-Diana Napier.
44	Doce, la esposa...	Maruchy Fresno-Adriana Rimoldi.
47	Sólo los ángeles tienen alas...	Gary Grant-Jean Arthur.
48	Mi fantástica esposa...	Antonia Colomé-Francisco Méizares.
49	Las aventuras de Marco Polo...	Gary Cooper-Sigrid Gurie.
48	El Casaca Ferra...	Rafael López-Somonte-Marcuja Asquerino.
49	¡Adios, mister Chippel!	Robert Donat-Green Garson.
50	Altar mayor...	Marcchi Fresno-Luis Pelti.
51	Viviendo al revés...	Alicia Falcón-Luis Durán.
52	La nueva melódica de Broadway...	Eleonor Powell y Fred Astaire.
53	Lita nueva...	Rosabel Rissell y Gary Grant.
54	Shelby detalla...	Barbara Stanwyck-Adolphe Menjou y William Joffe.
55	En la luna...	Merle Oberon y Rex Harrison.
56	Santander, la ciudad en llamas...	Félix de Formés y Rosita Yares.
57	Me casé con una bruja...	Veronica Lake y Friedrich Muck.
58	Por un viaje a París...	Jane Horeddel y Melvyn Douglas.
59	María Walewska...	Greta Garbo y Charles Boyer.
60	El "güister" y la lavadora...	George Raft y Jean Bennett.
61	El furatador...	Gary Cooper y Doris Davenport.
62	Rapsodia de juventud...	Joel McCrea-Doris Davenport.
63	Disparado...	Rui Chatterton-Walter Huston.

Si no encuentra en la librería o en el puesto de periódicos el número que le interesa de esta colección, puede pedirnoslo por correo y le será enviado inmediatamente contra reembolso.

# EDICIONES RIALTO, S. L.

Cuesta de Sto. Domingo, 7.



MADRID

EDICIONES RIALTO, S. L. en su constante afán de divulgar entre el público español las mejores novedades científicas y literarias, presenta hoy a sus lectores el máximo éxito científico de la temporada, el

## "MANUAL DE GRAFOLOGIA"

DEL  
PROFESOR GRAFOS

Su autor, el conocido Profesor Grafos, ha sabido, como en sus famosas charlas por el micrófono, unir lo agradable y lo ameno a lo científico y rigurosamente exacto. Su lectura obliga, como en una novela apasionante, a no cerrar el libro hasta haberlo acabado. Y es lógico.

*¿Quién no quiere conocer íntimamente su propio carácter?  
¿Quién no quiere conocer por una simple carta, por un sencillo papel manuscrito, los sentimientos, las aficiones, las pasiones, los gustos, la voluntad, la inteligencia de cualquier persona, aún de la más desconocida?*

ESTE LIBRO, QUE CAUSARÁ SENSACIÓN EN LA CIENCIA ESPAÑOLA, lo podrá adquirir en todas las librerías de España, al precio de 10 ptas., o dirigiéndose a la Sociedad General de Librería, Evaristo San Miguel, 9, Madrid, y Bárbara, 14 y 16, Barcelona.



EDICIONES RIALTO, S. L.

ACABA DE PONER A LA VENTA

# VIEJO CINE EN EPISODIOS

DE

**Carlos Fernández Cuenca**

*La historia más completa y documentada del origen y proceso evolutivo del cine desde las antiguas películas de episodios hasta nuestros días.*

---

---

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA

UN LIBRO QUE TODO BUEN  
CINEMATOGRAFISTA  
DEBE ADQUIRIR



PRECIO DE VENTA DOCE PESETAS

ENVIAMOS PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO

DIRECCION:

EDICIONES RIALTO, S. L. - Cuesta de Santo Domingo, 7 - Teléfono 23554

Obr. Francesa Rogin

4/01



PRESENTA

En su temporada 1944-45

El mejor lote de películas americanas

LOS HOMBRES QUE LA AMARON

LORETTA YOUNG y CONRAD VEIDT

ME PERTENECES

BARBARA STANWYCK y HENRI FONDA

CAPRICHOS DE MUJER

MARLENE DIETRICH y FRED McMURRAY

EL GRAN JEFE

VICTOR McLAGLEN y JACKIE COOPER

QUE SE TRAMA AQUI

HERMANAS ANDREWS, GLORIA JEAN y LEO CARRILLO

y la gran producción española

PARAISO SIN EVA

MERCEDES VECINO, MANUEL LUNA, MANOLO MORAN,  
JOSE JASPE, ANA MARIA CAMPOY, ANGEL DE ANDRES

DIRECCION: SABINO A. MICON

¡¡MUY PRONTO!!

¡¡OTRO SENSACIONAL LOTE DE MARAVILLOSAS PELICULAS!!